

BOLSILIBROS
SS
SERIE
SERVICIO SECRETO

cepo para de un lobo

clark carrados



Sonó el teléfono. Una mano velluda, adornada con un par de valiosas sortijas, levantó el aparato.

—¿Sí?

—Hola. Ya está liquidado el asunto.

—¿Ha salido bien?

—Perfectamente.

—¿No ha habido fallos?

—Si hubiera habido algún fallo, ya no sería perfecto. Yo diría que ni se enteró.



Clark Carrados

Cepo para un lobo

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1108

ePub r1.0

Titivillus 29-11-2019

Título original: *Cepo para un lobo*
Clark Carrados, 1971

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1





SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

Sonó el teléfono. Una mano velluda, adornada con un par de valiosas sortijas, levantó el aparato.

—¿Sí?

—Hola. Ya está liquidado el asunto.

—¿Ha salido bien?

—Perfectamente.

—¿No ha habido fallos?

—Si hubiera habido algún fallo, ya no sería perfecto. Yo diría que ni se enteró.

Sonó una risita siniestra, escalofriante.

—Bueno, ya tiene usted lo que quería. Haller está fuera de juego y...

—¿Tienes los documentos?

—¿Qué documentos?

—Los que se te ordenó cogieras del cuerpo de Haller.

—Jefe, me parece que aquí hay un error. A mí nadie me habló para nada de documentos.

Se oyó una terrible maldición.

—Pero ¿cómo es posible? Dije que...

—A mí no, jefe —cortó Lew Payt tranquilamente.

—¡Pero si eso era lo más importante!

—No lo dudo, jefe, y si me lo hubieran dicho, tendría esos documentos en mi poder. Como no me lo dijeron, no los tengo.

—Un momento, Lew. ¿Quién te transmitió mi encargo?

—Alvin Mornley, jefe. Pero, insisto, no me habló para nada de esos malditos documentos. O ya los tendría en mi bolsillo.

Hubo un momento de silencio. Payt aguardó pacientemente. Sabía que su jefe estaba reflexionando.

—Estoy seguro de que Mornley me ha traicionado —dijo el jefe al cabo de unos instantes.

—Eso es cuenta suya y de él —contestó Payt.

—Sí, es un asunto para resolver entre los dos. Pero primero me interesan los documentos. ¿Crees que llegarás a tiempo de

recuperarlos, Lew?

—¡Hum! Desde luego, lo intentaré; Haller debe de estar aún en el mismo lugar. Es muy solitario y no creo que le haya visto nadie aún.

—¡Corre, Lew! Date prisa y, si rescatas esos documentos, cuenta con una prima extra de mil «pavos». ¿Entendido?

—¡Mil «pavos»! —Payt puso los ojos en blanco—. Pero, jefe, ¿qué clase de documentos son?

—Están en un sobre de papel fuerte, como de un dedo de grueso..., quiero decir, el bulto de los papeles que hay dentro del sobre. ¿Comprendes?

—Sí, jefe. Vaya preparando los mil «del ala». Antes de una hora tendrá el sobre —garantizó Lew Payt.

* * *

La chica era muy bonita, pero algo dengosa. Lamont Herdin tenía pasado un brazo por su talle, mientras que con la otra mano tiraba de su brazo hacia sí, procurando reducir la distancia entre los dos cuerpos.

—¡Oh, qué impetuoso eres! —dijo ella—. ¿Siempre eres así con todas las mujeres, Lamont?

—Siempre, no; contigo me siento más ardoroso que con ninguna otra —declaró Herdin con vehemencia.

Ella soltó una risita.

—Eso se lo dirás a todas, Lamont.

Herdin masculló algo entre dientes. «¡Es tonta..., pero tan bonita!», se dijo.

Estaban paseando por el parque. La temperatura era deliciosa y la oscuridad casi absoluta, aunque había trozos donde la luna pasaba a través del espeso follaje de los árboles.

De pronto, Herdin divisó un banco situado en un paraje umbrío.

—Ven, Kitty —dijo.

Y la remolcó hacia el banco, en el que se sentaron. Herdin la estrechó contra su pecho y quiso besarla.

Kitty volvió a lanzar una de sus risitas tontas.

—Pero ¡qué impetuoso eres! ¡Me vas a seducir, Lamont!

Herdin estuvo a punto de contestar con una barbaridad. «¿Qué es lo

que crees que pretendo, tonto monumento de carne bien distribuida?», pensó.

Pero era un hombre bien educado y se abstuvo de decir lo que pensaba.

—Ansío sumergirme en ti como en las aguas limpias de un lago —contestó, con una frase no menos inicua que las que pronunciaba Kitty.

—¡Oh! —Se enterneció ella—. ¿Hablas con la verdad en los labios o en el corazón, Lamont?

«¡Maldita sea! ¿Pero es que esta imbécil no puede hablar como las personas corrientes?».

—La verdad tiene forma humana y un nombre: Lamont Herdin —aseguró él solemnemente.

Y de nuevo la atrajo hacia sí, pero Kitty le rechazó.

—Cuidado, Lamont, hay un hombre en este mismo banco —susurró. Herdin miró por encima de la cabeza de ella. El individuo estaba sentado en el otro extremo, con las manos en el regazo y la cabeza apoyada en el pecho.

—No te preocupes, está durmiendo.

—Pero ¿y si le arrancamos al plácido olvido que le proporciona su sueño?

Herdin empezaba ya a habituarse a las frases de Kitty. Una vez más, tiró de ella hacia sí, intentando besarla.

—Ni nos oye...

—El banco se mueve mucho. Formalidad, Lamont —le interrumpió ella, separándose un poco.

Herdin suspiró. Empezaba a creer que había perdido el tiempo.

Kitty se separó unos centímetros de él. El banco trepidó ligeramente con sus movimientos.

Entonces el durmiente, con gran lentitud, se inclinó a un lado y empezó a caer hacia el suelo, girando al mismo tiempo sobre sí mismo, de modo que acabó por quedar de bruces en el suelo.

—Menuda «trompa» ha debido de agarrar —comentó Herdin jocosamente—. Ni se ha enterado de que se caía...

Kitty le interrumpió con un chillido estremecedor.

—¡Aaaah!... ¡Tiene un puñal en la espalda!

Y acto seguido, sin más, agarró su bolso y salió de estampida, como un caballo desbocado, mientras continuaba lanzando unos gritos

capaces de partir las piedras.

Herdin se llenó los pulmones de aire. Contempló al desconocido, que yacía boca abajo, sobre la arena del sendero.

Estaba muerto, no cabía la menor duda. El mango del puñal que sobresalía del centro de su espalda era un síntoma harto significativo.

—¡Demonios! ¡Vaya compromiso! —masculló.

De repente, vio brillar algo en el suelo, junto a una de las manos del caído.

Era un objeto de metal, situado justamente en un trozo alumbrado por la luz lunar. Atraído por la curiosidad, Herdin se arrodilló y examinó el objeto.

Era un llavero, con el colgante en forma de trébol. En el centro había un 13 en esmalte rojo. Un poco más abajo, un 5 grabado a troquel.

Contempló el llavero unos instantes. De súbito, oyó un disparo.

Herdin poseía la suficiente experiencia para saber cuándo una bala silbaba inconvenientemente cerca y aquélla le pasó demasiado próxima a la oreja izquierda. Se tiró al suelo, rodando hacia su izquierda, y el siguiente disparo erró el blanco.

Pero allí estaba en muy mal lugar. Se puso en pie de un salto y arrancó a correr en una vulgar parodia de la huida de Kitty, perseguido por un par de tiros más, que, por fortuna, respetaron la integridad de su anatomía.

Y no se avergonzó de aquella veloz escapada, porque Herdin sabía ser prudente, y en aquellos momentos, desarmado, era conveniente serlo.

* * *

—Lo siento, jefe —dijo Payt.

—¡Qué! ¿Cómo dices, Lew?

—Repito que lo siento. Los documentos ya no estaban.

—¡Rayos, pero...!

—Mire, jefe, a mí no me eche las culpas. A mí se me encargó solucionar el asunto Haller y lo hice. Insisto en que Alvin no mencionó los documentos para nada.

—Entonces..., ¿los tiene él?

—¿Por qué no se lo pregunta usted?

—Tendré que hacerlo. Gracias, Lew.

—De nada, jefe. Y ya lo sabe, si en otra ocasión necesita de mí...

Sonó un «click». Lew Payt se encogió de hombros. —Lástima— murmuró. —He perdido mil dólares.

Y de repente, se le ocurrió una idea.

—Mornley se apoderó de los documentos, no cabe la menor duda — se dijo—. Si yo los recupero, podré ganarme esos mil dólares. Pero ¿dónde puede estar ahora ese maldito Alvin?

Era cuestión de buscarlo, dondequiera que estuviese, resolvió finalmente.

* * *

Lamont Herdin llegó a su casa, no con el susto en el cuerpo, porque en peores se las había visto, pero sí bastante intrigado por el suceso de que había sido protagonista en parte.

Empezó a quitarse la ropa para meterse en la cama. Sacó el paquete de cigarrillos y el encendedor. Entonces notó en el bolsillo un objeto que no le pertenecía.

Contempló el llavero con aire especulativo. Sin duda, pensó, lo tenía en la mano cuando le dispararon el primer tiro y se lo quedó, sin darse cuenta.

El origen del llavero le era conocido, aunque nunca había tenido uno igual en su poder. Bueno, sabía de alguien que podía informarle sobre el asunto.

Aunque, dudó, ¿valía la pena hacer algo en este sentido?

«La almohada me lo aconsejará», resolvió por fin, mientras seguía desvestiéndose.

CAPÍTULO II

La almohada dijo «sí».

Lamont Herdin dejó su coche en la explanada de estacionamiento, perteneciente al club Los 13 Tréboles. Luego, haciendo saltar el llavero en la palma de la mano, se encaminó hacia la entrada, resplandeciente de luces de neón.

La puerta de acceso al local estaba protegida por una marquesina de estilo pretendidamente andaluz, con arcos y tejadillo de tejas rojas. Las columnas provocaban unas zonas de intensa sombra en determinados puntos.

Herdin se paró de pronto. Había alguien junto a una de las columnas.

Era una mujer.

¿Por qué se escondía allí?

Si buscaba pasar desapercibida en la sombra, había cometido un error, porque llevaba puesto un vestido amarillo que la hacía muy visible. Herdin se dio cuenta, además, de que estaba en una postura muy rara.

Tenía su bolso en la mano izquierda, pero la derecha estaba dentro del bolso. Aquella actitud le hizo recelar.

El llavero volvió a su bolsillo. Discretamente, se acercó a la mujer y advirtió que era delgada, pero bien contorneada y de buena estatura.

Ella le dirigió una mirada inquieta. La mano de Herdin se disparó de pronto.

—No cometa imprudencias, señora —dijo.

—¡Suélteme! —pidió la joven, con concentrado acento de rabia—. Déjeme en paz. A usted no le importa lo que yo hago aquí...

Herdin actuó con rapidez y destreza. Un diminuto revólver de cinco tiros y calibre 32 pasó a su poder.

—¿A quién quiere usted matar? —preguntó.

—Eso no es cosa de su incumbencia...

—El asesinato no resuelve nunca nada, señora.

—Resuelve la venganza.

—No estamos en los tiempos bíblicos —dijo Herdin sentenciosamente—. Iría a parar a la cárcel, por lo menos.

—¿Y qué? Pero él estaría muerto...

—¿Quién es «él»?

—Mírelo, ahí viene.

Herdin volvió la cabeza. Un gran coche negro acababa de detenerse ante la entrada del local. El galoneado portero acudió a recibir a los recién llegados.

Un hombre se apeó del vehículo. Era alto, pomposo, satisfecho de sí mismo y de la expectación que despertaba su llegada, acompañado de dos tipos que, evidentemente, eran sus guardaespaldas.

De repente, la joven se separó de Herdin.

—Ya que me ha quitado el revólver, al menos déjeme lanzarle un proyectil de otra clase —exclamó con vehemencia.

Herdin la siguió vivamente. Ella llegó a zona iluminada y gritó:

—¡Upton!

El hombre alto y pomposo se volvió. Una cortés sonrisa apareció en sus labios.

—Ah, es usted, señorita Blair —dijo—. ¿Puedo servirle en algo?

—¡Sí, puede servirme de escupidera, cerdo!

La cara del hombre pomposo se puso gris al recibir el salivazo lanzado por la muchacha. Sacó un pañuelo y se limpió la mejilla.

Uno de sus guardaespaldas intentó golpear a la joven, pero Arne Upton se lo impidió.

—Déjala, Zim —dijo—. La señorita Blair tiene pleno derecho a expresar sus opiniones, aunque sea de un modo tan poco cortés.

Herdin agarró el brazo de la joven. Ella temblaba de furia.

—Sigamos —indicó Upton, aparentando una tranquilidad que estaba muy lejos de sentir.

La joven se desasíó de pronto de la mano de Herdin.

—Déjeme —pidió con voz crispada.

—No me gustaría que cometiera una barbaridad...

—Ya lo ha evitado —respondió ella cortantemente.

Y se marchó.

Herdin la contempló unos instantes. Luego suspiró.

—¡Cómo está la juventud de hoy día! —comentó.

Giró sobre sus talones y se adentró en el local.

La mujer era rubia, de formas exuberantes y pelo intensamente rubio y muy bien cuidado. Cubría su estallante anatomía con un vestido de seda azul que llevaba en la parte inferior toda la tela que le faltaba en la superior.

Sonreía irónicamente.

—A decir verdad, nunca creí que te contaminases viniendo a mi local, Lamont —dijo Flora Mac Cool.

Herdin estaba sentado en el ángulo de una mesa. Ella llenaba dos vasos, en los que ya había puesto cubitos de hielo.

—Estás equivocada conmigo, Flora —contestó él—. Si yo no frecuento el club Los 13 Tréboles no es por considerarlo un antro de perdición, calificativo que jamás ha pasado por mi mente, sino porque ya sabes que no soy muy aficionado a este género de diversiones.

—Sí, lo sé —dijo ella, acercándosele con los vasos en las manos—. Pero creí que no querías dirigirme más la palabra.

—¿Por qué no, Flora?

—¡Qué preguntas! —rió la mujer—. Demasiado sabes lo que hubo entre nosotros y las causas de la ruptura.

—A decir verdad, eras un poco ambiciosa.

Flora le miró por encima del borde de su vaso.

—Sigo siéndolo, Lamont —contestó—. A ti te supo muy mal que yo me viniese a Los 13 Tréboles.

—No me gustó, aunque comprendí tus razones. Yo no podía darte lo que tú querías.

—Al menos fuiste sincero conmigo, Lamont.

—La sinceridad fue recíproca. ¿Te va bien?

—No puedo quejarme. Un buen sueldo y participación en las ganancias.

—Por desempeñar el cargo de gerente.

—Y de jefe de contabilidad. —Flora volvió a reír—. Tengo todo el aspecto de una vampiresa, lo sé, pero también poseo una mente muy aguda para los números.

—Eso es verdad —reconoció Herdin—. Y si cambiaste de empleo para mejorar, ¿quién soy yo para reprochártelo?

—¿Aun pensando que hubo un tiempo en que estuvimos

prometidos?

Herdin sopló con fuerza y movió la mano significativamente.

—El viento se lo llevó —dijo.

Una expresión de melancolía apareció en el hermoso rostro de Flora.

—A veces pienso... Si no hubiera sido tan ambiciosa, ahora estaría casada contigo, en mi casa, con un par de críos...

—Y pasando dificultades económicas y sin trajes ni joyas.

Flora se encogió de hombros.

—Cuando dos personas se quieren de veras, las dificultades acaban por superarse siempre, a poco empeño que pongan en ello. Lo que pasa es que yo dudé de mis fuerzas, Lamont.

—Me gusta que seas sincera —sonrió él—. Pero no sirve de nada lamentarse por lo que pudo haber sido y no fue.

—Es verdad. —Flora se animó un poco—. Bien, dime a qué diablos has venido aquí.

Herdin sacó el llavero.

—¿Lo conoces? —preguntó.

—Sí. ¿Cómo lo tienes tú? —se asombró ella.

—Flora, dime una cosa. ¿Es costumbre repartir estos llaveros a los clientes del local?

—No a todos, por supuesto, sino a los de cierta importancia. Son unos llaveros de bastante valor. Plata y esmaltes, Lamont.

—La cifra trece y el trébol son la divisa del local. Pero ¿qué significa el número cinco?

Flora le miró intrigada.

—Cada número corresponde a una persona determinada —contestó.

—En este caso, el nombre de la persona es...

—Alvin Mornley.

—¿Quién es? No le conozco.

—Resulta difícil definir sus actividades, pero si tienes interés en hablar con él...

—No me disgustaría, en efecto. Dame su dirección, Flora.

Herdin anotó las señas de Mornley. Al terminar, miró a la joven.

—Imagino que las actividades del tal Mornley deben de ser de las que horrorizan a las Ligas de Moral y Buenas Costumbres, ¿no?

Ella se echó a reír.

—Eres muy perspicaz, Lamont —contestó—. ¿Progresas?

—No puedo quejarme, guapa. A propósito, ¿conoces a un tal Upson?

—¿Por qué lo preguntas, Lamont? —se extrañó Flora.

—Lo he visto a la entrada. Me ha parecido de la clase de hombres sin escrúpulos, que tienen la ambición de poseerlo todo.

—No andas descaminado. Una de las cosas que querría poseer es este local.

—Y a su gerente.

Flora sonrió.

—No hagas que me ruborice —contestó—. Yo no acudo a un hombre sólo porque éste sea importante y chasquee los dedos llamándome.

—Haces bien. Conserva tu independencia, Flora.

—Seguiré tu consejo. Ah, aguarda un poco.

Flora abrió un cajón y extrajo un llavero.

—Te corresponde el número treinta —dijo—. Lo anotaré en el libro donde registro los nombres de los clientes obsequiados con la insignia de la casa.

—Te lo agradezco sinceramente, Flora.

Ella le dirigió una intensa mirada.

—Creo que no supe tener paciencia, pero tú me comprendes, ¿verdad?

Herdin hizo un gesto de asentimiento.

—Has salido ganando con el cambio —se despidió de ella.

Salió del despacho. El local era grande y amueblado con lujo. Una cantante de piel de ébano, con muy pocos centímetros de ropa sobre su cuerpo de pantera, se contorsionaba, agarrada a un micrófono. La contempló unos instantes y luego arrancó hacia la salida.

De pronto, un hombre le cerró el paso.

—¿Señor Herdin?

Lamont fijó la vista en el individuo, alto, fornido, de rostro inexpresivo. «Es la clase de tipo ideal para guardaespaldas, que obedece las órdenes instantáneamente, sin hacer preguntas capciosas», definió mentalmente.

—Sí, yo mismo —contestó.

—Me llamo Zim Vorstey. El señor Upson desea hablar con usted, señor Herdin.

El joven no se inmutó. Metió la mano en un bolsillo y sacó una

tarjeta de visita, que entregó a Vorstey.

—Ahí tiene la dirección de mi oficina y mi número de teléfono — contestó—. De este modo, el señor Upson podrá concertar una entrevista conmigo, con la debida antelación para no interferir otros planes que yo pueda tener. ¡Buenas noches!

Vorstey se quedó con la boca abierta, sin saber qué decir. Aprovechando la estupefacción del tipo, Herdin se dirigió hacia la salida.

CAPÍTULO III

El

ding-dong

sonó inesperadamente, arrancando a Alvin Mornley del sillón en el que estaba contemplando una interesante película de vaqueros.

Maldiciendo al importuno, cruzó la sala y abrió la puerta. Levantó las cejas al reconocer a su tardío visitante.

—Hola, Alvin —saludó Lew Payt—. ¿Cómo te encuentras?

—Bien —respondió Mornley secamente—. ¿A qué has venido, Payt?

En la pantalla, el protagonista era perseguido por un grupo de feroces bandidos, que le seguían a todo galope, disparando sus armas ensordecedoramente.

—Tengo que hablar contigo —manifestó Payt—. Supongo que me invitarás a una copa.

—Claro. Entra. ¿Por qué no te sirves tú mismo? Ya sabes dónde está.

—Conforme.

Mornley volvió al diván. Estaba muy interesado en el desarrollo de la película.

Payt tomó un trago. Luego se acercó al diván, con el vaso en las manos, aunque situándose detrás del otro.

—He hablado con el jefe, Alvin —dijo.

—Ah —murmuró Mornley distraídamente.

—Tú me diste la orden de liquidar a Haller.

—Sí, Lew.

—Pero te olvidaste de añadir una cosa.

—¿Qué es, Lew?

—Los documentos que Haller tenía en uno de sus bolsillos.

—No me pareció de interés decírtelo —contestó Mornley.

—¿De veras? El jefe se puso muy furioso cuando lo supo.

—Sí, me lo imaginó.

Ahora, en la pantalla, el protagonista estaba bailando con la «chica», que era la dueña de un *saloon*.

—Y te quedas tan fresco —se admiró Payt.

—Hombre, no me voy a echar a llorar, Lew.

—¿Qué clase de documentos son, Alvin?

—Muy importantes. Valen dinero en abundancia.

Los ojos de Payt chispearon.

—Ah, vamos, quieres ocupar el puesto de Haller —dijo.

—En lo que se refiere al dinero, por supuesto. Pero ¿a qué vienen tantas preguntas, Lew?

—Espera, que no oigo lo que dicen los protagonistas —contestó Payt.

Dio la vuelta al diván, se acercó al televisor y elevó el volumen. Luego volvió al mismo sitio.

—De modo que te has quedado tú con el sobre —dijo.

—Sí.

—Quieres exprimir al jefe.

Mornley soltó una risita.

—Imagínatelo —contestó.

—No es mala idea, no, señor —dijo Payt placenteramente.

De pronto, los bandidos entraron en el *saloon*. El protagonista sacó su revólver y empezó la refriega. Los tiros sonaban por todas partes. Alguno de los actores debía de ser muy mal tirador, porque una de las balas alcanzó a Mornley en la nuca. La detonación de la pistola de Payt se confundió con los disparos que provenían del altavoz del televisor.

—Si ese sobre es una mina, quiero explotarla yo —dijo Payt cínicamente, mientras lanzaba una ojeada al cuerpo que yacía de bruces sobre la alfombra, que ya empezaba a mancharse de rojo.

Se acercó al televisor y redujo el volumen del sonido. Luego inició el registro.

* * *

—Lo siento, señor —dijo el agente de policía uniformado que guardaba la puerta—. No se puede pasar.

Herdin arqueó las cejas, extrañado.

—Voy a visitar al señor Mornley —manifestó.

—Aguarde un momento —pidió el policía.

Un hombre de paisano salió poco después al corredor.

—Soy el teniente Fuller —se presentó—. Me han dicho que quiere

hablar con Mornley.

—Así es, teniente. Me llamo Herdin, Lamont Herdin, abogado y escritor. Mi domicilio es Sharbane Place, número doce.

—Encantado, señor Herdin. Y, dígame, ¿para qué quiere hablar con Mornley?

—Perdió un objeto. Venía a devolvérselo, teniente.

Herdin empezó a sospechar que ocurría algo malo. Sus sospechas se confirmaron unos segundos después.

Dos hombres vestidos de blanco sacaron una camilla, con un cuerpo humano cubierto con una sábana. Detrás de ellos apareció un hombre con un maletín negro en la mano.

—Repito, teniente —dijo el forense—. Muerte instantánea y hora la medianoche, aproximadamente. Se lo confirmaré después de la autopsia.

—Gracias, doc —contestó Fuller.

Herdin apretó los labios.

—¿Mornley? —preguntó.

—Sí. Un tiro en la nuca.

Herdin silbó.

—Terrible —comentó—. ¿Se conoce al asesino?

—Todavía no. Nadie oyó el disparo. Proyectaban una película del Oeste y el asesino hizo fuego, aprovechando uno de los tiroteos. El televisor tenía el sonido muy fuerte.

—Un tipo astuto, no cabe duda. Lo siento, teniente.

—Un momento, señor Herdin. ¿Podría decirme los motivos de su visita a Mornley? Quiero decir, qué objeto es el que le iba a devolver.

Herdin sacó el llavero. Ya no tenía objeto guardarlo.

—Aquí lo tiene, por si le sirve —contestó.

—¿Cómo supo que le pertenecía? —preguntó Fuller.

El joven sacó otro llavero análogo.

—Éste es el mío. Me lo regalaron anoche. Tengo el número treinta. Mornley tenía el cinco.

—Ah, comprendo. ¿Quién se lo dio?

—Flora Mac Cool, gerente de Los 13 Tréboles. Es un obsequio que se hace solamente a los clientes distinguidos.

—¿Es usted cliente distinguido de ese local, señor Herdin?

—No —sonrió Lamont—, pero soy muy amigo de la señorita Mac

Cool.

—Entiendo. Gracias por su cooperación, señor Herdin.

—A usted, teniente.

Herdin dio media vuelta y se metió en el ascensor. Mientras volvía a la calle, se preguntó si el asesinato de Haller, publicado ya en los diarios, y el de Mornley, tenían alguna relación entre sí.

«Negarlo sería tonto —se dijo—. Pero ¿por qué murieron?».

Era algo que ignoraba por el momento y que no se sentía capaz siquiera de adivinar.

* * *

Cuando llegó a su despacho, se encontró con una sorpresa.

—Tiene una visita —le informó la secretaria.

—Un tal Upson —dijo Herdin.

—Se equivoca. Entre y lo verá —contestó la chica, sonriendo maliciosamente.

Intrigado, Herdin abrió la puerta. Una mujer que estaba sentada frente a su mesa de despacho, se puso en pie al oírle entrar.

—Usted —dijo Herdin, vivamente sorprendido.

—Sí —contestó ella—. Mi nombre es Cilly Blair. Anoche no se lo dije, señor Herdin.

—¿Cilly? —repitió él, extrañado.

—Diminutivo de Cecilia —aclaró la muchacha.

—Comprendo. Pero, siéntese, por favor, señorita Blair.

—Gracias.

Cilly volvió a sentarse, con las rodillas muy juntas y el bolso de mano apoyado en ellas.

—Estoy segura de que anoche debió de tomarme por una demente —dijo, muy seria.

—Si juzgamos por la hora y el lugar en que intentaba matar a Upson, sí, desde luego, me pareció una loca. Quizá hubiera conseguido sus propósitos, pero los guardaespaldas de ese individuo la habrían acribillado a usted a balazos.

—En ese caso, quizá debo agradecerle lo que hizo, señor Herdin.

—Aunque sea inmodesto el reconocerlo, sí —confirmó él, sonriendo.

Cilly respiró con fuerza.

—Empiezo a comprender que era una locura —dijo—. Pero en aquellos momentos no era dueña de mí, se lo aseguro.

—Los psiquiatras llaman trastorno mental transitorio a esa clase de situaciones. Usted, en efecto, estaba bastante trastornada... Pero ¿por qué?

—Mi padre ha muerto hace muy pocas semanas.

Herdin hizo un gesto con la cabeza.

—Mis sinceras condolencias, señorita Blair —dijo.

—Y su muerte se produjo a consecuencia de los actos hostiles que ese canalla de Upson ejerció contra él.

—Ah, entiendo. ¿Qué clase de actos, señorita?

—Mi padre poseía una empresa pequeña, pero próspera. En realidad, era el principal accionista, aunque no mayoritario.

—Y Upson empezó a comprar acciones.

—Sí. Compró todas, ofreciendo valor superior a su cotización en ocasiones y, en otras, amenazando.

—Con lo que logró el control de la compañía.

—Efectivamente. Una vez lo consiguió, empezó a rebatir e impugnar las decisiones de mi padre, que era también el director. Resumiendo, la empresa se hundió.

—Pero Upson debió de perder mucho dinero.

—Oh, eso no le importaba en absoluto. Era su venganza contra mi padre.

Herdin hizo un gesto de extrañeza.

—¿Venganza? —repitió.

—Sí —confirmó Cilly.

—¿Por qué motivos?

—Eso es lo que usted tiene que averiguar. Mi padre no me lo quiso decir jamás, ni siquiera cuando supo que se moría.

—Un asunto más bien extraño... ¡Eh! —Respingó Herdin—. ¿Ha dicho que yo tengo que averiguar los motivos del odio de Upson hacia su padre?

Impasible, Cilly abrió su bolso y sacó un fajo de billetes que depositó sobre la mesa.

—Aquí tiene mil dólares —dijo—. Tengo algún dinero ahorrado... Por fortuna, Upson no pudo meterle mano. Cuando se le acabe, pídamle más, pero consiga lo que le he dicho.

Cilly se llenó los pulmones de aire.

—Estoy dispuesta a gastarme hasta el último centavo en el empeño
—concluyó tajantemente.

CAPÍTULO IV

Los dedos de Herdin tabaleaban incesantemente sobre la mesa. Reflexionaba. El dinero que le había dejado Cilly estaba aún intacto. ¿Debía aceptar el encargo de la muchacha?

Upson era un hombre muy poderoso, evidentemente; pero ¿valía la pena perder dos millones de dólares, sólo por arrumar a alguien a quien odiaba?

Claro que se dijo, el alma humana es insondable y, al parecer, Upson había gastado con satisfacción dos millones de dólares en consumir su venganza.

—¡Caro capricho, diablos! —Calificó—. Nada menos que dos millones de dólares...

El interfono sonó de pronto. Era Laurie, su secretaria.

—Señor Herdin, le llama el señor Upson —anunció—. ¿Le paso la comunicación?

—Sí, por favor —aceptó el joven.

Instantes después, oía la voz de Upson.

—Buenos días, señor Herdin —dijo el hombre—. Gracias por escucharme.

—Es una de mis obligaciones, señor Upson —respondió Herdin.

—Anoche parecía pensar de distinta manera.

—Estaba en mis horas libres.

—¿Y ahora?

—Cuando le escucho, es que trabajo.

Upson rió con fuerza.

—Es usted un hombre inteligente. Tengo ganas de hablar con usted.

—No hay inconveniente, señor Upson.

—Preferiría, no obstante, que fuese en mi casa. ¿Le parece bien las seis de la tarde?

—No hay objeción.

—Sea puntual, señor Herdin.

—Se lo prometo.

—Y gracias por atenderme.

—A usted, por la llamada —respondió Herdin cortésmente.

Colgó el teléfono y meditó unos instantes. De pronto, se decidió y marcó un número.

Tardó bastante en escuchar como respuesta un sonoro bostezo.

—Siento despertarte tan temprano, Flora, pero necesito de ti —dijo.

—No me importa la hora; lo que lamento es el sueño que ha cortado el maldito timbre —se quejó ella.

—¿Era bonito?

—Figúrate. Yo iba corriendo por un prado esmaltado de flores, vestida muy livianamente, y me perseguía un hombre...

—Entonces, no era un sueño bonito.

—¿Por qué, Lamont?

—Debían de perseguirte al menos una docena de hombres, Flora.

Ella lanzó una sonora carcajada.

—Está bien, Lamont —dijo—. ¿Qué quieres de mí?

—Upson me ha llamado a su casa.

—Ah, qué interesante. ¿Vas a hacer negocios con él?

—No lo sé todavía. Aún ignoro lo que quiere pedirme.

—Ten cuidado. Usa muy buenas carnadas en el anzuelo.

—Me lo imagino, aunque tengo un olfato excelente.

—Te tatará la nariz con algo que te impida oler, te lo advierto.

—No seas pesimista, Flora, ya no soy un chiquillo. Y óyeme, quiero consultarte una cosa.

—Sí, Lamont.

—Tú conoces a mucha gente, ¿verdad?

—En el mejor sentido de la palabra, sí —respondió ella.

—Bien, dime, ¿has oído hablar alguna vez de un tal Everard Blair?

—El nombre me suena... Sí, creo que tenía un negocio bastante productivo, pero se le vino abajo y no sé por qué.

—Estuvo relacionado con Upson. ¿Sabes algo al respecto?

—Ni idea. ¿Por qué me lo preguntas?

—Me han encomendado una investigación, Flora.

—Ah, comprendo. Lamont, lo único que puedo decirte es que si averiguo algo, te lo diré de inmediato.

—Gracias, preciosa. Bueno, sigue con tu sueño y a ver si sigues corriendo delante del tipo que te perseguía en el prado.

—Tendré que dejarme alcanzar, de otro modo no me pescará —rió Flora un instante antes de colgar el teléfono.

Herdin hizo lo mismo. Se dijo que había sido una buena idea

comunicarse con Flora. Ella podría, tal vez, proporcionarle algunos datos que Cilly no se hallaba en situación de facilitar.

* * *

Lew Payt tarareaba alegremente, satisfecho de la vida, mientras rodaba al volante de su coche, por un camino secundario, bordeado de altos álamos.

Era bello vivir, se dijo, y más con la perspectiva de obtener unos ingresos suplementarios, mucho mayores que los mil dólares que le habían prometido por el rescate del sobre.

Se lo tocó con una mano. Sí, allí estaba, dentro de su chaqueta. Ya faltaba poco para conseguir una pequeña fortuna.

El coche acometió una fuerte curva. Al salir de ella, Payt divisó a un individuo que le hacía señas.

Paró el coche. Payt vio otro vehículo un poco más adelante, entre los árboles.

El individuo abrió la portezuela derecha y se sentó junto a Payt.

—¿Lo traes? —preguntó ansiosamente.

—Sí, pero... Jefe, ¿por qué me ha citado aquí? —se extrañó Payt.

—Bueno, creo que no conviene que nos vean juntos.

—Eso sí es verdad —admitió Payt.

—¿Te costó mucho encontrarlo?

—Bah, fue sencillo. Mornley tenía el sobre detrás de un cuadro. Un escondite tonto, ¿no cree?

—Claro. Me iba a traicionar, ¿sabes?

—Sí, me lo imagino. Bueno, jefe, ¿cerramos el negocio?

—¿Cuánto dijiste, Lew?

—Diez «sábanas». Me parece que el negocio lo vale.

—Desde luego. Espera un momento...

El otro metió la mano en su bolsillo, pero en vez de sacar unos billetes, lo que sacó fue una pistola, que apoyó en el costado derecho de Payt.

El asesino empezó a chillar. Los disparos ahogaron sus gritos. El jefe continuó haciendo fuego, hasta acabar los seis cartuchos del tambor. Para entonces, Payt se había desplomado ya sobre el volante.

Una mano lo agarró por los cabellos, enderezándolo parcialmente.

Otra mano sacó el sobre del bolsillo interior de la chaqueta. El nuevo asesino sonrió satisfecho. Guardó el sobre y abandonó el coche.

Momentos después, pasaba en el suyo a toda velocidad por delante del automóvil en el que Lew Payt había recibido un pago muy distinto al que esperaba.

* * *

Arne Upson recibió la carta de manos de Zim Vorstey.

—¿Quién la ha traído? —preguntó.

—Un mensajero particular —contestó Vorstey—. Firmé el recibo y se marchó.

—Está bien, déjame solo... Ah, cuando llegue el señor Herdin, hazlo pasar inmediatamente a mi despacho.

—Sí, señor.

Upson se acercó a la mesa, tomó una plegadera y abrió el sobre. Sacó una cuartilla y la desdobló. En su interior había unas líneas escritas:

«Dentro de pocos días, recibirá una fotocopia de una de las cartas que usted dirigió a Margaret Lyne hace muchos años. Como imagino que no le agradará que esa y otras cartas se hagan públicas, creo que pensará que lo más conveniente es evitarlo mediante el abono de una determinada cantidad, veinticinco mil dólares, por ejemplo, cantidad que usted entregará el día y la hora en que yo le indique en un segundo mensaje. Pronto recibirá una llamada telefónica mía y usted contestará escuetamente, sí o no, con lo que tendré su respuesta a esta carta.

»Suyo afectísimo,

»

X. X. X.».

Upson se quedó sin aliento. Por un momento, le pareció que

acababan de golpearle en el plexo solar.

¡Las cartas de Margaret Lyne! Pero ¿cómo podían surgir a la superficie, después de un cuarto de siglo?

La cabeza le dio vueltas unos instantes. Oyó el timbre vagamente, pero no hizo mucho caso.

Vorstey se asomó a la puerta del despacho.

—Señor Upson...

El dueño de la casa se estremeció. Sacudió la cabeza y miró a Vorstey.

—¿Qué sucede, Zim?

—El señor Herdin acaba de llegar.

—Ah, sí, es verdad... Zim, hazle aguardar dos minutos solamente. Luego acompáñale, al despacho.

—Bien, señor.

Vorstey cerró la puerta. Upson guardó la carta en uno de los bolsillos de su batín corto de terciopelo y se acercó a la mesa de licores. Había pedido los dos minutos de tiempo, para rehacerse un poco.

Bebió dos dedos de buen *whisky*. Luego caminó hacia la gran chimenea, en la que ardían un par de gruesos troncos, pese a que el invierno empezaba ya a alejarse. Pero le gustaba contemplar la alegre danza de las llamas.

Pasados los dos minutos prescritos, Vorstey abrió de nuevo y anunció:

—El señor Herdin, señor.

Herdin entró en el despacho, amplio, lujosamente decorado, con un estilo clásico y severo a un tiempo.

—Lamento haberle hecho aguardar un poco, señor Herdin —se disculpó el dueño de la casa—, pero tenía entre manos algo que no podía abandonar.

—No tiene por qué preocuparse, señor Upson —contestó el visitante—. El retraso es inapreciable.

—Celebro que se lo tome con tanta filosofía. ¿Le apetece algo de beber?

—Un poco de *scotch*, gracias.

Upson preparó la bebida y entregó el vaso a Herdin, quien tomó un par de sorbos. Herdin paseó la vista por los contornos.

—Tiene usted una casa muy bien puesta, señor Upson —elogió.

—Me gustan las comodidades y lo he obtenido a lo largo de casi un cuarto de siglo de duro trabajo. Pero no estamos aquí para hablar de mí, sino de usted... y de Cilly Blair.

CAPÍTULO V

Herdin miró sin pestañear a su interlocutor.

—Puede empezar cuando guste —invitó.

—Usted es amigo de Cilly —dijo Upson.

—No.

—Pero... ¡estaba con ella cuando me..., me insultó!

—Eso es cierto —admitió Herdin—. Y hay otra cosa que usted ignora sin duda. Ella tenía un revólver y yo se lo quité, antes de que cometiera algo irreparable.

—Esa chica me odia injustamente —protestó Upson.

—Según lo que me contó, tiene motivos para ello —dijo Herdin.

—¿Qué es lo que le contó?

—Por favor, permítame guardar el secreto profesional.

—Ah, es cliente suya.

—Sí, en efecto.

—No sabía que fuese usted investigador privado —manifestó Upson.

—Estrictamente, y en el sentido que usted piensa, no lo soy —respondió Herdin—. Mi verdadera profesión es asesor de impuestos, aunque también, si el asunto y el cliente lo merece, realizo algunas investigaciones de tipo comercial. En mis ratos de ocio y cuando me siento inspirado, escribo relatos cortos policíacos.

—Unos informes muy interesantes —sonrió Upson—. Confieso que estoy un poco desconcertado con usted. Le creía un detective privado, un fisgón que mete las narices en todas partes...

—No es una profesión que me guste, aunque, a veces, no me queda otro remedio que, como usted dice, meter las narices por todas partes. ¿Era eso todo lo que tenía que decirme?

—Hay algo más, señor Herdin. Aún no hemos terminado.

—Estoy a su disposición.

—Ella... Cilly Blair ha debido de hablarle muy mal de mí.

Herdin sonrió ligeramente.

—Si dijo la verdad, tiene motivos para detestarle —contestó.

—Ella dijo «su» verdad, pero no toda la verdad.

—Yo no garantizaría como auténtico todo lo que ella me contó, por supuesto, aunque bien pudiera serlo, señor Upson.

—Un punto de vista muy comedido. Pero Cilly me detesta.

—Lamento admitir que hasta el punto de haber pensado seriamente en darle muerte.

—¿Por qué?

—La señorita Blair sostiene que usted arruinó a su padre y que, como consecuencia de ello, el señor Blair, muy afectado por la desgracia, murió.

—¿Lo cree usted así?

—Sé que Everard Blair tenía una empresa muy próspera y que usted se convirtió en accionista mayoritario. Disintió de la forma en que Blair llevaba el negocio y la empresa se hundió. Blair no pudo resistir el golpe, eso es todo.

Upson calló un momento. Herdin le observaba atentamente.

—Suponiendo que hubiera ocurrido como dice, ¿cuáles fueron los motivos que me impulsaron a obrar así? —dijo Upson al cabo.

—Usted sentía un odio infinito hacia Blair, es lo que sé..., si bien desconozco los motivos —contestó Herdin.

—Temo que he sufrido un error al llamarle a usted. Cuando le vi junto a Cilly, llegué a pensar que era amigo íntimo de ella. Pensé que usted podría volverla a la sensatez; éste es el motivo de mi llamada. Pero veo que me he equivocado.

Herdin se encogió de hombros.

—Hasta aquella noche, yo no conocía siquiera a la señorita Blair. Y no volvimos a vernos hasta esta mañana, en que ella se convirtió en mi cliente.

—Le ha encomendado una investigación.

—Sí.

—Pero no quiere decirme qué es lo que ha de hacer para ella.

—Evidentemente —respondió Herdin sin pestañear.

—No le forzaré a que me lo diga. Pero, ya que está aquí, ¿puedo, a mi vez, convertirme en su cliente, señor Herdin?

El visitante se sorprendió un instante. Luego dijo:

—Siempre que no interfiera con lo que he de hacer para Cilly.

—Por supuesto...

El teléfono sonó en aquel momento. Upson se excusó con su visitante y se acercó a la mesa.

Escuchó brevemente unos segundos. Luego pronunció un monosílabo:

—Sí.

Y volvió el teléfono a la horquilla.

Luego miró a Herdin, con la sonrisa en los labios.

—Acabo de aceptar que me hagan un chantaje —declaró.

* * *

Herdin miró sorprendido al dueño de la casa.

—¿Bromea, señor Upson? —preguntó.

—En absoluto, amigo mío. El chantajista me pide nada menos que veinticinco mil dólares.

—Poca cosa es, para quien se gastó dos millones en arruinar a un hombre.

Dos manchas rojas aparecieron en las mejillas de Upson.

—Es un asunto distinto y tenía mis razones —contestó.

—Muy bien, como quiera. Pero antes dijo que quería ser mi cliente.

—Insisto, señor Herdin. Es para el asunto del chantaje.

—No son casos en los que yo estoy habituado a intervenir.

—En éste, sí —afirmó Upson—. La recompensa lo merecerá.

—Usted tiene una mentalidad muy curiosa. Cree que todo se puede comprar con dinero...

—¿Y no es así? —dijo Upson orgullosamente.

Herdin se encogió de hombros.

—Dejémonos de discusiones de tipo filosófico —contestó.

—Muy bien. En tal caso, vayamos al grano. ¿Me acepta o no como cliente?

Herdin volvió a reflexionar.

—Con una condición —impuso.

—¿Cuál es?

—Conocer los motivos del odio que sentía usted hacia Everard Blair.

Hubo un momento de silencio.

Un tronco se partió con seco chasquido. Miríadas de hispas se elevaron a lo alto.

—Lo siento —dijo Upson al cabo—. No hay trato. —En ese caso, no tiene sentido que yo continúe aquí— dijo Herdin.

Y giró sobre sus talones.

—¡Aguarde!

La voz de Upson sonó como un pistoletazo. Herdin e volvió a medias hacia él.

—El chantajista me pide veinticinco mil dólares. No me importaría dárselos, si terminase el asunto de una vez, pero sé que volverá a pedirme más y más veces. Le daré a usted esos veinticinco mil dólares si me soluciona el asunto definitivamente.

—¿Cuál es el «tema» del chantaje? —preguntó Herdin.

—Unas cartas que escribí hace un cuarto de siglo. Ignoro cómo han llegado a poder del chantajista, pero quiero que las recupere.

—Repito que no es mi oficio...

—Hágalo. Cuando tenga las cartas en mi poder, le diré por qué arruiné a Everard Blair.

Herdin miró a Upson.

Era un tipo duro, pensó, un águila para los negocios, despiadado y cruel con los adversarios, pero, en aquellos momentos, era sincero.

—Trato hecho —aceptó finalmente.

—El chantajista me ha dicho que ya indicará la forma de entregarle el dinero. Cuando lo sepa, me pondré en contacto con usted, señor Herdin.

—Conforme.

—Ah, una cosa. ¿Necesita dinero?

—Por ahora, no; muchas gracias, señor Upson.

El dueño de la casa sonrió.

—Ha sido un placer —aseguró.

—Ojalá yo pueda un día decir lo mismo —contestó Herdin.

—¿Por qué no? Además, he de tener presente que usted me salvó la vida.

—Eso sí es cierto, aunque bien mirado, lo que de verdad hice fue salvar a una chica muy bonita de a la cárcel para toda su vida.

—Puntos de vista, desde luego. Adiós, señor Herdin.

—Buenas tardes, señor Upson.

Herdin abrió la puerta. Vorstey le vio y se acercó al despacho. En la sala había un individuo aguardando.

—Señor Upson, ha venido el señor Latimer —dijo.

—Está bien, Zim, hazlo pasar —oyó Herdin, mientras se dirigía hacia la salida—. Y acompaña al señor Herdin.

—Bien, señor Upson.

Herdin y Latimer se cruzaron, dirigiéndose un cortés saludo. Vorstey llegó a tiempo de abrir la puerta principal.

—Buenas noches, señor Herdin.

—Adiós, Zim.

Herdin subió a su coche y emprendió el camino de regreso a la ciudad. Upson vivía en las afueras.

Se preguntó si había hecho bien aceptando las proposiciones de Upson. Bien mirado, veinticinco mil dólares no eran ninguna tontería.

Y si conseguía recuperar aquellas cartas, conocería los motivos del odio de Upson hacia Blair, con lo que, de paso, complacería a Cilly. Llegó a su casa y se dirigió al cuarto de baño. Tomaría un bocadillo sin moverse de su piso; no tenía ganas de comer fuera.

Necesitaba pensar. Tenía muchas cosas que discutir consigo mismo. Estaba a mitad del bocadillo y la cerveza programados como cena, cuando, de pronto, sonó el teléfono.

—Herdin —dijo.

—Hola —sonó una voz fresca y juvenil—. Soy Cilly Blair.

—¿Qué tal, señorita? ¿Le ocurre algo?

—Oh, no, a mí no; a usted en todo caso.

—Le aseguro que yo me encuentro magníficamente...

—Usted no me ha entendido —dijo Cilly—. Sólo quería preguntarle si ha conseguido algo.

—Mi encantadora señorita Blair, temo que usted se deja llevar excesivamente por un imprudente optimismo. Nos hemos visto esta mañana..., ¿y ya quiere que haya dado remate a su encargo?

—Dispénsame, señor Herdin —rogó la muchacha—. Pero sólo quería saber si había conseguido algo...

—Pues, en cierto modo, sí he conseguido —respondió Herdin—. Pero todavía no puedo darle una respuesta definitiva.

—¿Por qué?

—He estado hablando con Upson.

—¡Asombroso! —Calificó Cilly.

—Yo no diría que sea asombroso, pero hay opiniones, claro. Lo que sí le diré es que esa conversación puede proporcionarnos frutos muy positivos.

—Eso es estupendo, señor Herdin. Me dan ganas de saltar de

alegría...

—Espere a que haya terminado —sonrió él—. Entonces le permitiré que de todas las zapatetas que guste.

CAPÍTULO VI

Herdin entró a la noche siguiente en Los 13 Tréboles y vio a Flora hablando con un individuo que le resultó conocido. Discreto, se acercó al mostrador y pidió una copa.

Flora se le acercó minutos más tarde.

—Hola, buen mozo —saludó afectuosamente—. ¿Qué tripa se te ha roto por aquí?

—Verte a ti, preciosa. ¿No te parece suficiente motivo?

—No me halagues, te conozco muy bien —rió Flora—. ¿Quieres algo de mí?

—En efecto. Deseo informes.

—¿De qué clase, Lamont?

—Acerca de un tipo llamado Arne Upson.

Flora le dirigió una penetrante mirada.

—Cuidado, puedes quemarte —advirtió.

—Oh, no pases pena por mí. Somos muy amigos desde ayer por la tarde.

—Lamont, métete esto en la cabeza. Upson no tiene amigos. El que no le odia a muerte, está deseando que lo atropelle un tren. Y él piensa lo mismo de los demás.

—Bonito ejemplar de la raza humana —sonrió Herdin—. ¿Qué hace Upson para concitar sobre sí el odio de todos sus congéneres?

—Si lo conocieras bien, no harías esa pregunta, Lamont.

Herdin suspiró:

—En resumen, es un tipo poco recomendable —dijo.

—Detestable —calificó Flora.

—Tú parece conocerlo muy bien, ¿no? ¿Qué número tiene su trébol, como cliente distinguido del local?

—El cuatro, Lamont.

—¿El cuatro? Yo creía que sería el uno.

Flora hizo un gesto negativo.

—No, Lamont. Los tres primeros números corresponden a los tres dueños del negocio.

—No lo sabía —dijo Herdin.

—Sí, son tres los dueños. Dan Latimer, Gene Ivor y Mac Kay Stout. Cada uno de ellos posee el treinta y dos por ciento de las acciones. Los 13 Tréboles es una sociedad anónima, ¿comprendes?

—Sí, entiendo. Pero treinta y dos por barba... suman noventa y seis. ¿Dónde están las cuatro restantes?

Flora sonrió maliciosamente.

—Las tienes tú —adivinó él.

—Justamente, bonito —confirmó Flora.

—Vamos, ese cuatro por ciento es una especie de contrapeso, por si alguno de ellos pretende deshacerse de su paquete.

—En tal caso, estaría obligado a cederlas a los otros, siempre que pudieran pagar mejor precio que una eventual oferta ajena.

—Pero no se ha producido esa oferta, Flora.

—Te equivocas, Herdin. Ya hay quien quiere comprar las acciones de Latimer.

Herdin enarcó las cejas. «Así que por eso ha visitado Latimer a Upson». El caso presentaba cierta analogía con el de Blair.

—Y dentro de unos minutos —añadió ella—, se va a reunir la junta de accionistas para tratar del asunto.

Un hombre se acercó a Flora.

—Dispénsame, señorita Mac Cool —dijo—. La aguardan en su despacho.

—Ahora mismo voy, Ben —contestó ella.

—Sí, señorita.

El hombre se alejó. Flora dijo:

—Es Ben Crooth, mi contable.

—Pero ¿no llevas tú los libros? —se extrañó Herdin.

—Los superviso. Lo que se podría calificar de trabajo estrictamente material y de rutina corre a cargo de Crooth.

—Ah, entiendo.

—Y ahora, dispénsame —se despidió Flora con una sonrisa encantadora.

Herdin sonrió también. Luego pensó: «Me gustaría asistir a esa junta de accionistas. Saltarán chispas».

Mientras se dirigía hacia la salida, se dijo que Upson era insaciable. Por lo visto, pretendía convertirse en el dueño de todos los negocios de importancia en Sperryville.

Lívido, descompuesto, Gene Ivor golpeó la mesa con el puño, haciendo tintinear las copas.

—¡Ese Upson es un pulpo! Debieras haberte resistido a sus presiones, Dan —gritó.

Latimer se encogió de hombros.

—La oferta es buena —contestó—. ¿Podéis igualarla vosotros?

Mac Kay Stout, el tercer socio, fumaba su pipa pensativamente. Flora, compuesta y atildada, estaba sentada, sin intervenir en la discusión.

—Yo no tengo líquido suficiente —dijo Stout.

—Puedes hacer un esfuerzo —exclamó Ivor con vehemencia—. Entre los dos, podríamos igualar la oferta de Upson.

—¿De veras? —rió Stout con amargura—. ¿Puedes pagar un paquete de acciones que comprende el treinta y dos por ciento a un precio cinco veces superior al nominal?

—Son acciones en alza —aseguró Ivor.

—Pero nadie te daría por ellas, en el mejor de los casos, el triple del valor nominal.

Ivor se volvió hacia Flora.

—Necesito su opinión, señorita —dijo.

Flora no se inmutó.

—¿Sincera?

—Absolutamente sincera —pidió Ivor.

—Bien, a mí no me gusta la venta de esas acciones, pero estimo que el señor Latimer ha cumplido con los reglamentos de la sociedad. Antes que venderlas al señor Upson, se las ofrece a ustedes.

—Puede dárnoslas más baratas...

—Entonces, no sería negocio para él. Encuentro lógico que quiera sacar fruto de lo que le pertenece. Repito que no me agrada personalmente la decisión del señor Latimer, pero no se le puede reprochar incumplimiento de las normas.

Ivor se desanimó.

—Entonces, ¿hemos de ceder?

—No veo otra solución —dijo Stout melancólicamente.

—Pero ¿por qué? —Ivor se volvió hacia Latimer—. Una vez dijiste que no venderías a ningún precio...

Latimer permanecía callado. Flora calculó que tenía problemas, que no quería exponer en público.

—¿No quieres decir por qué vendes, Dan? —insistió Ivor.

—Lo siento —respondió secamente el interpelado.

Stout señaló a Flora con la caña de la pipa.

—Señorita, haga constar en acta la cesión de estas acciones —dijo.

—Así lo haré —contestó ella—. Una vez la haya redactado el señor Crooth, la revisaré y se la presentaré a la firma a todos ustedes.

Ivor lanzó su última maldición:

—Lo peor de todo, lo que más me disgusta, es tener que ver sentado un día aquí, con nosotros, a ese pulpo voraz que es Upson.

* * *

Zim Vorstey abrió la puerta y anunció:

—El señor Latimer.

—Ah, Zim, está bien. Hazlo pasar de inmediato —dijo Upson.

El dueño de la casa se puso en pie para recibir a su visitante. Sonreía con afabilidad.

—¿Cómo está, señor Latimer? —dijo.

—Me siento horriblemente mal —gruñó Latimer—. Usted no se puede dar una idea de la cantidad de improperios que tuve que aguantar de mis consocios...; bueno, de mis ex consocios.

Upson seguía sonriendo.

—¿No quisieron ellos hacerle una oferta igual? —preguntó.

—¿De dónde diablos iban a sacar el dinero? —contestó Latimer despectivamente.

—Quizá tenga usted razón. ¿Los documentos, por favor?

—Aquí están.

Latimer tendió a Upson un grueso sobre. Upson examinó rápidamente su contenido y luego lo dejó a un lado.

Acto seguido, levantó una carpeta y extrajo un cheque de su interior.

—Compruebe la cifra, por favor —pidió, al dárselo a su visitante.

Latimer hizo un gesto de asentimiento segundos después.

—Bien, ya es usted dueño de casi una tercera parte de Los 13 Tréboles —dijo.

—¿Casi? ¿Por qué no una tercera parte completa?

—Hay una persona que posee el cuatro por ciento. Me refiero a la gerente, señorita Mac Cool.

—Ah —dijo Upson—. Bien, no tiene importancia. Ha sido un placer, señor Latimer.

—Para usted, no para mí. He vendido a la fuerza.

—No me negará que recibe una suculenta compensación.

—A la larga, usted saldrá ganando.

—Sí, pero de momento, hago un elevado desembolso. Eso es algo que también es preciso tener en cuenta.

Latimer se encogió de hombros.

—Ya no vale la pena seguir hablando —dijo—. Sólo me gustaría saber si no es usted el que me obligó a vender.

Upson mostró extrañeza.

—Señor Latimer, yo formulé una oferta y usted aceptó —repuso—. Eso es algo lógico y normal en los negocios, opino.

—Sí, cuando los negocios se hacen honestamente. Pero no quiero seguir hablando más; creo que ya es suficiente. Adiós..., y ojalá sea la última vez que nos vemos, señor Upson.

—Buenas noches, señor Latimer. Zim le acompañará.

—No me perderé, descuide —dijo Latimer agriamente.

Upson se quedó solo en su despacho. Sentíase preocupado.

Latimer se había comportado de una manera un tanto extraña. ¿Por qué le acusaba de deshonestidad?

Bueno, en su fuero interno reconocía que no era un santo, pero al menos, en el negocio recién concluido, había obrado con rectitud.

Latimer se había mostrado visiblemente resentido hacia él. Era absurdo, se dijo; la oferta formulada era magnífica y él, en modo alguno, había actuado de una manera no ya ilegal, pero ni siquiera reprochable.

«A menos que se me reproche pagar cinco por lo que, en las mejores condiciones, sólo vale dos o tres», concluyó así sus desconcertadas reflexiones.

CAPÍTULO VII

—¿Puedo sentarme, señor Herdin? —consultó Cilly Blair.

Herdin se incorporó ligeramente, a la vez que sonreía.

—Gracias por haber venido, señorita —contestó—. ¿Qué desea tomar?

—Sólo una taza de café; ahora no tengo apetito, gracias.

Herdin agitó la mano y la camarera del restaurante acudió en el acto. Después de encargar café para Cilly, j dijo:

—Espero que sepa disculparme esta pequeña impertinencia. Yo no podía desplazarme a su casa; tengo trabajo en abundancia y me habría supuesto una extorsión.

—Comprendo —respondió Cilly—. Usted también debe disculparme; la cita era para las once, pero me retrasé involuntariamente.

Herdin contempló la frondosa cabellera de Cilly, de color castaño claro, casi dorado.

—¿La peluquería?

Cilly enrojeció ligeramente.

—Lo admito —dijo.

—No se preocupe; cuidar del aspecto personal siempre es importante —sonrió Herdin—. Lo que sucede es que, en vista de su tardanza, opté por bajar a almorzar. Aquí podemos hablar con tanta confianza como en mi despacho.

—Desde luego. ¿De qué se trata?

—Le dije que había hablado con Upson.

—Sí, lo recuerdo.

—Ahora es también mi cliente, señorita Blair.

Cilly le miró sorprendida.

—Oiga, eso me parece... poco ético —calificó—. Es como aceptar la defensa de un acusado y ser fiscal al mismo tiempo.

—Aparentemente, da esa sensación, pero no es así. El asunto que me encomendó Upson y el suyo son totalmente independientes.

—Me gustaría creerlo —dijo Cilly, recelosa.

—Tiene que creerme o no seré su... defensor.

Ella se encogió de hombros.

—Bueno, ¿qué más da? —contestó indiferentemente.

—De mi pacto con Upson pueden resultar beneficios para usted, señorita Blair —dijo él.

—¿Lo estima así, señor Herdin?

—Positivamente, sí. El señor Upson me encomendó un trabajo. Se lo rechacé, en un principio. El insistió. Entonces yo le puse una condición.

—¿Aceptó?

—Finalmente, sí. ¿No se imagina cuál es la condición?

—No. Dígamelo usted.

—Bien, si resuelvo su problema, él me explicará el motivo del odio que sentía hacia su padre de usted.

Cilly contuvo el aliento.

—¿Upson... ha dicho eso?

—Se lo garantizo, Cilly... Perdón, señorita Blair.

Ella hizo un gesto con la mano, como queriendo indicar que el tratamiento era cosa sin importancia.

—Estoy asombrada —confesó.

—Bien, pero no es un mal resultado, ¿verdad?

—Todo lo contrario, si resuelve usted el problema de ese granuja.

—Así lo espero, Cilly —sonrió Herdin.

—¿Es grave el problema? —preguntó la muchacha.

—Permítame que calle. Upson es mi cliente.

—Pero usted le dijo...

—Puesto que me citó en su casa, ¿por qué no iba a interrogarle sobre los motivos del odio hacia Everard Blair?

Cilly se mordió los labios.

—Es cierto —dijo—. Discúlpeme, señor Herdin.

—Lamont para usted, Cilly —sonrió el joven.

—Bien, Lamont. ¿Eso era todo lo que tenía que decirme?

—No. Hay más. Upson, y esto lo he sabido por otro conducto, de modo que no me liga el secreto profesional, ha comprado el treinta y dos por ciento de las acciones de otro buen negocio. Concretamente, un club denominado Los 13 Tréboles.

—¿Lo ve? —exclamó Cilly, vivamente excitada—. Es un pulpo insaciable, no se detiene ante nada...

—Cilly, en este caso no creo que haya enemistad personal. Se trata,

simplemente, de meras cifras.

—Lo dudo mucho; pero, en fin, creeré en su palabra. ¿Cuándo tendré más noticias, Lamont?

Herdin suspiró.

—Estoy esperando una llamada de Upson para actuar —contestó.

* * *

La segunda carta llegó por correo ordinario.

Iba dirigida a su domicilio privado y no a su oficina. Upson rasgó el sobre con la plegadera y leyó:

«Reúna veinticinco mil billetes de uno y cinco dólares, sin tomar la numeración. Haga un paquete con papel fuerte, sellándolo con tiras de papel adhesivo. Tiene cuarenta y ocho horas para realizar la operación. Pasado mañana, día 9, a las once y treinta minutos en punto de la noche, acudirá usted sólo a un lugar situado a tres kilómetros al sudoeste de Kyne Hill. Apéese y camine trescientos metros en dirección norte. Verá una gruesa piedra, en la que se habrá hecho una gran cruz blanca. Deje el dinero allí. Márchese y vuelva sesenta minutos más tarde. Encontrará el paquete con las cartas.

»Suyo afectísimo,

»

X. X. X.».

Upson leyó la carta por segunda vez. Luego alargó la manó, levantó el teléfono y marcó el número de Lamont Herdin.

* * *

Dan Latimer detuvo el coche, cerró el contacto, apagó las luces y se

bajó del vehículo.

Exploró los alrededores con la vista. Todo estaba muy oscuro, terriblemente oscuro. No se veía a dos pasos de distancia.

Incluso hacía frío.

—¿O lo tengo yo? —murmuró, subiéndose el cuello del abrigo.

Esperó unos minutos. No lejos había un bosque de álamos. El suelo estaba cubierto de hojarasca.

Una ramita crujió de pronto. Latimer se atiesó.

Alguien se acercaba. Momentos después, divisó una silueta.

—¿Latimer? —preguntó el recién llegado.

—Sí.

—¿Ha traído el dinero?

—Aquí lo tengo.

—Démelo.

—Un momento —pidió Latimer.

—¿Qué pasa? —preguntó el otro—. Hicimos un trato, ¿no?

—Usted me obligó a hacerlo, que no es lo mismo.

El desconocido sonrió. Latimer se dio cuenta de que llevaba una especie de capucha, sujeta con el sombrero. Sólo se le veían los ojos.

—Bien, si quiere deshacerlo, por mí no hay inconveniente —dijo.

—Aguarde —insistió Latimer—. Podríamos hacer un arreglo... La cantidad que me pide es muy elevada...

—Buenas noches —dijo el encapuchado fríamente.

—¡No se vaya! —gritó Latimer al borde de la desesperación—.

Tome el dinero, pero deme las fotografías.

—Ah, eso ya está mejor —sonrió el otro—. Aquí tiene el sobre, fotografías y negativos. Venga el dinero.

Latimer alargó la mano izquierda con el paquete al mismo tiempo, estiraba también la otra hacia el sobre que le tendía el encapuchado.

De pronto, aflojó los dedos de la mano izquierda. El paquete con el dinero cayó al suelo.

El enmascarado picó. Se inclinó ligeramente.

Latimer le arreó un brutal puntapié que lo tiró por tierra. Se oyó un gruñido de dolor.

—¡Cerdo, bastardo! —apostrofó al caído, mientras se arrojaba sobre él.

Pero cuando ya caía sobre el otro, sonó un estampido.

Latimer retrocedió un paso, con el rostro deformado por el dolor. La pistola del encapuchado llameó de nuevo y Latimer, tras girar sobre sí mismo, se desplomó al suelo.

El enmascarado se levantó. Acercándose a Latimer, y dio la vuelta con el pie.

Latimer respiraba estertorosamente. Su muerte era cuestión de segundos.

—Lo siento. Usted me obligó a ello.

Una burlona sonrisa apareció en los lívidos labios del caído.

—Ha... disparado... dos cartuchos... para nada —balbució.

—¿Qué? —gritó el asesino.

Pero Latimer ya no podía seguir hablando.

El enmascarado quedó desconcertado unos momentos. Luego, rehaciéndose, corrió hacia el paquete que contenía supuestamente el dinero y rasgó el papel.

Se alumbró con un fósforo para ver el contenido del paquete. Un rugido de rabia se escapó de sus labios.

¡No eran billetes de Banco; eran recortes de periódicos!

CAPÍTULO VIII

—¿Puedo pasar? —consultó Lamont Herdin.

Flora Mac Cool levantó la cabeza y le dirigió una alegre sonrisa.

—Entra, pero aguarda unos instantes —contestó—. Estoy terminando de despachar con mi contable.

—No querría molestar...

—No es molestia, Lamont. Por cierto, temo no haberles presentado. El señor Herdin, el señor Crooth.

Los dos hombres se saludaron cortésmente.

—¿Cómo está usted, señor Herdin? —dijo el contable.

—Encantado, señor Crooth.

—Ben —dijo Flora—, es preciso hacer una convocatoria para reunión de accionistas.

—Sí, señorita. ¿Cuándo?

—¿Pasado mañana, por la noche?

—Por mí no hay inconveniente.

—Ni por los otros, creo; salvo, quizá, Arne Upson. Consúltele por teléfono.

—Muy bien, señorita. Ah, mañana por la noche no podré estar. Tengo que ausentarme de Sperryville, aunque habré regresado para la hora de la junta, por si se me necesitase.

—Perfectamente, Ben. Eso es todo por hoy. Comuníqueme luego la respuesta del señor Upson. Si le dijera que quiere hablar personalmente conmigo, díglele que estoy ocupada.

—Sí, señorita.

Crooth recogió los libros y se dirigió hacia la puerta.

—Buenas tardes, señor Herdin.

—Adiós, señor Crooth.

Flora apoyó los codos en la mesa y miró a su visitante.

—¿Y bien, Lamont? —preguntó.

Herdin estaba muy ocupado encendiendo un cigarrillo. Después de expulsar la primera bocanada de humo, dijo:

—Así que Upson es el nuevo copropietario de Los 13 Tréboles.

—Ya ves. Se encaprichó de la parte de Latimer —contestó Flora.

—Pero ¿cómo le dio a Latimer por vender? ¿No te parece algo extraño?

Flora se levantó y paseó lentamente por el despacho.

—Hacía algún tiempo que le notábamos preocupado. De repente, nos dio la noticia de la venta de sus acciones. No dio explicaciones; sólo dijo que Upson le había ofrecido cinco veces el valor nominal.

—Y, ¿cuál es el valor real, de acuerdo con los beneficios del club?

—Dos, dos veces y media. Quinientos por cien, la verdad, es una cifra algo exagerada.

—Pero Upson la pagó a gusto, por lo que se ve.

Flora se encogió de hombros.

—Es un caprichoso, parece —respondió.

—Tiene caprichos caros —dijo Herdin—. También compró una empresa en dos millones que se arruinó.

—Sí, algo he oído hablar de eso. Lamont, lo que más siento de todo es la muerte del pobre Latimer. No es que fuese un santo..., pero creo que no merecía morir asesinado.

Herdin frunció el ceño.

—Me pregunto por qué le habrán matado —dijo.

—¿Upson? —sugirió Flora, con apenas un hilo de voz.

—¿Por qué había de hacerlo? Ya tenía las acciones, ¿no?

—Sí; pero ¿pagó su importe?

—Es de suponer, Flora. No creo que Latimer vendiese sin cobrar. Y hablando con sinceridad, no me imagino a Upson ordenando el asesinato de una persona, después de comprarle sus propiedades, en este caso, unas acciones.

—Upson no es bueno, Lamont; no seas ingenuo.

—Lo sé, preciosa; pero yo estimo que Upson es del tipo de hombres que lo arrollan todo con el poder de su dinero y de sus influencias. Si desean una cosa y la consiguen, no tienen por qué recurrir al asesinato. Y, en todo caso, lo habría hecho antes..., pero entonces no hubiese tenido las acciones.

—Es posible que sea como dices, Lamont.

—Creo que es así y que la muerte de Latimer, si bien coincidente con esa operación financiera, no tiene nada que ver con ella. A propósito, ¿no podrías darme algún dato del número cinco? Me refiero a Mornley, hermosa.

Flora se encogió de hombros.

—Sé que era bastante amigo de Latimer. Y también de Crooth, el contable. Pero eso es todo lo que te puedo decir, Lamont —contestó.

—Sin embargo, le diste un llavero.

—Bueno, casualmente se inició entonces la costumbre. Latimer me lo pidió para él.

—Ya —sonrió Herdin—. Oye, preciosa. ¿Qué clase de hospitalidad es la tuya? Uno viene aquí y ni siquiera le ofreces una copa...

—Aguarda un momento, hombre —sonrió Flora.

Se acercó a la consola y destapó una botella. En el mismo instante, sonaron unos nudillos.

—¡Pase! —dijo Flora.

Crooth asomó la cabeza.

—Señorita Mac Cool, el señor Upson ha mostrado su conformidad con la fecha y la hora de la reunión —informó.

—Gracias, Ben —contestó la joven—. Puede irse cuando guste; yo me encargaré del resto de los asuntos.

—Sí, señorita. Adiós, señor Herdin.

La puerta se cerró. Flora se acercó a Herdin con la copa en la mano y una cautivadora sonrisa en sus rojos labios.

—Aquí tienes —dijo.

—Estoy viendo algo infinitamente más atractivo que esta copa —dijo él.

—¿Qué es? —preguntó Flora.

—Tu boca.

Ella le dio una palmadita en la mejilla.

—Ni lo intentes siquiera —contestó—. No quiero que perturbes mi estabilidad emocional.

* * *

Lamont Herdin entró en su casa, justo cuando sonaba el timbre del teléfono. Corrió hacia el aparato y se lo llevó a la oreja.

—Herdin —dijo.

—Hola —sonó una voz opaca en sus oídos—. Quiero darle un consejo, Herdin. Aceptó un trabajo de Upson. Rechácelo, rompa el compromiso o lo pasará muy mal.

—¿Qué, cómo dice? —gritó el joven, atónito.

—Eso es todo. Ya está advertido. ¡Adiós!

Se oyó el inconfundible click que anunciaba el fin de la comunicación. Lamont miró el teléfono durante unos instantes, con expresión de perplejidad.

Lentamente, lo depositó sobre la horquilla. Apenas lo había hecho, volvió a sonar el timbre.

Herdin levantó el aparato con gran rapidez.

—¡Oiga! Escuche, pedazo de imbécil, si cree que voy a hacer caso a sus amenazas...

—Pero ¿qué está diciendo? —Oyó Herdin otra voz, muy distinta de la anterior—. ¿Por qué me insulta de esa manera?

—¿Eh? ¿Quién es usted? —exclamó el joven, desconcertado.

—Upson, hombre.

—Oh, dispénsame, pero es que me amenazaron hace unos momentos y... ¿En qué puedo servirle, señor Upson?

—Desearía que viniese a mi casa. Inmediatamente, si es posible.

—Iré en el acto —prometió Herdin.

—Gracias. Oiga, ¿qué decía antes de unas amenazas? —Nada de particular. Se trata de un bromista.

—Pues para ser un bromista, había que ver cómo gritaba usted.

Herdin sonrió de mala gana.

—Me puse furioso —contestó—. Le presento mis excusas, señor Upson.

—Las aceptaré cuando me las formule en persona. No se demore, Herdin —rogó el financiero.

—Sí, señor.

* * *

Herdin leyó por segunda vez la carta que había recibido Upson la víspera. Luego miró al dueño de la casa.

—De modo que ha de entregar el dinero mañana por la noche.

—A las once y media en punto.

—No conozco muy bien el lugar, aunque tengo una idea de su topografía —dijo Herdin—. ¿Se le ha ocurrido a usted alguna idea para evitar el chantaje?

—Llamarle a usted —respondió Upson vivamente.

Herdin sonrió de mala gana.

—Es una idea, aunque no la pueda calificar de buena —contestó—. Pero hicimos un pacto y lo cumpliré, en la medida de mis fuerzas.

—Usted es honesto. No me engañará.

—Le rompería la cara, si fuese necesario —dijo Herdin—. Y no lo hago a gusto, sino por ayudar a una persona que me lo pidió.

Una singular sonrisa apareció en los labios de Upson.

—La cual, por curiosa coincidencia, es una hermosa muchacha. Vamos, una especie de desvalida doncella que fue a pedir socorro a un caballero andante —dijo.

—No sea cáustico. Usted arruinó a su padre.

—Lo admito —dijo Upson sin pestañear—. Pero no conoce toda la verdad.

—Me basta con lo que sé...

—Que es muy poco, Herdin. La verdad, entera y auténtica, muchas veces hace algo más que escocer: destroza a una persona.

Herdin enarcó las cejas.

—¿Qué trata de decirme? —preguntó.

—Nada... todavía, nada —respondió Upson—. Hablemos de ese asunto, que es, a fin de cuentas, el que interesa. ¿Tiene algún plan para evitar el chantaje?

Herdin reflexionó unos minutos.

—Se me ocurre una idea —dijo al cabo.

Y la explicó con todo género de detalles.

—Me parece bien —aprobó Upson escuetamente—. Si lo consigue, cumpliré mi palabra, Herdin.

—No lo he dudado nunca.

Upson sonrió irónicamente.

—Vaya, es la primera vez que hablan bien de mí —dijo.

—La verdad, a juzgar por lo que he oído hasta ahora, no había motivos para elogiarle. Y, dígame, ¿por qué compró las acciones de Latimer?

—Ese tema no está incluido en nuestro trato —respondió Upson con acento que no admitía réplica.

CAPÍTULO IX

Benito Miguel llegó a su casa y encendió la luz. El estómago se le contrajo bruscamente cuando vio la pistola que le apuntaba directamente al cuerpo.

—No haga ruido, no alce la voz —dijo el desconocido—. Si quiere vivir, claro.

—Quiero vivir, desde luego —contestó Miguel—. Pero, dígame, ¿por qué está aquí y me amenaza con una pistola?

—Simple precaución —respondió el intruso—. Usted lleva también una y, además, una navaja con un acero de casi un palmo, que sabe lanzar muy bien. ¿Me equivoco?

Miguel fijó la vista en su insólito visitante, cuyos ojos estaban cubiertos por unas grandes gafas negras. Además, llevaba un ancho y espeso bigote. «Un disfraz perfecto», pensó Miguel, a lo que había que añadir unas ropas corrientes e impersonales.

—Sabe usted muchas cosas de mí, señor...

—Digamos Pérez. Es un apellido hispano, como el suyo.

—Pero usted no se llama Pérez.

—Demuéstreme lo contrario, Benito.

Miguel se echó a reír.

—Está bien, señor... Pérez. ¿Qué es lo que quiere de mí? —preguntó.

El visitante metió la mano en el bolsillo izquierdo de su chaqueta y sacó un sobre que depositó sobre la mesita que tenía al lado.

—Aquí hay diez billetes de a cien dólares... partidos por la mitad —declaró—. Voy a darle un «contrato» y, cuando lo haya cumplido, le entregaré las diez mitades restantes.

Miguel negó con la cabeza y la voz:

—No.

—¿Por qué? —se extrañó el otro.

—Un billete de cien partido siempre es sospechoso. Hay que darlo... por ahí, para que lo cambien, y sé pierde dinero; es preciso pagar una buena comisión por el cambio. Ponga quinientos más, que es lo que perderé de comisión; así me quedarán mil limpios.

—No es usted tonto, Benito.
—No, no lo soy —sonrió Miguel.
—De acuerdo. Mil quinientos.
—Ése... suplemento, será entregado sin desperfectos, con los otros diez medios billetes —pidió Miguel.
—Conforme.
—Y por último, otra recomendación.
—¿Sí, Benito?
—Lew Payt y yo éramos muy amigos. Oh, claro, no voy a decir que fuese usted..., pero lo que le pasó a Lew me servirá de experiencia. ¿Ha comprendido?
—Sí, Benito.
—En ese caso, no hay más que hablar. ¿Cómo se llama el tipo?
—Lamont Herdin; Sharbane Place, doce.
Miguel memorizó los datos.
—¿Tiempo de ejecución del contrato? —preguntó.
—Lo más breve posible.
—Tendré que estudiar un poco el terreno; pero, en efecto, seré breve.
—Una vez realizada la tarea, le llamaré por teléfono y acordaremos el lugar de nuestro próximo encuentro, Benito.
—Está bien.
El visitante se dirigió hacia la puerta. Desde allí, se volvió y miró a Miguel.
—Benito, si veo que trabaja bien, puede que le conceda un empleo fijo, en el que obtendrá saneados beneficios —manifestó.
—No le defraudaré —aseguró Miguel con suficiencia.

* * *

Tendido de bruces en el suelo, en la cumbre de Kyne Hill, Lamont Herdin estudiaba detenidamente el terreno, con la ayuda de unos prismáticos.

Sí, allí estaba la piedra señalada por el chantajista, aunque todavía no se había hecho la marca blanca. El lugar estaba desierto y en calma.

La noche se acercaba con rapidez. Herdin suspiró al pensar en las horas que aún quedaban hasta el momento del encuentro con el

chantajista.

El camino quedaba un poco a su izquierda, bordeado por una larga hilera de álamos. Las nubes del cielo, que corrían mansamente, se habían tornado rojas, perdiendo ya su impoluto blancor.

No lejos de la piedra había un grupo de arbustos, de gran frondosidad. Herdin tomó nota del detalle.

La noche cayó apaciblemente. Empezó a hacer fresco.

Herdin se subió el cuello de la cazadora de piel. Luego guardó los prismáticos en la funda y se puso en pie. Agarró una bolsa de lona que tenía al lado y emprendió el descenso hacia la roca.

Momentos más tarde, estaba agazapado al pie de la misma, haciendo algo extraño, muy concentrado en su tarea. Al terminar, se retiró tranquilamente a los arbustos.

Las horas pasaron lentamente. De pronto, Hardin oyó pasos.

Una silueta se acercó a la roca y movió la mano derecha de un modo algo raro. Herdin oyó un ligero siseo.

El chantajista estaba señalando la piedra con la ayuda de un *spray* de pintura blanca. Al terminar, se esfumó entre las sombras.

Herdin sonrió. Podía haberle capturado ahora, pero prefería esperar a hacerlo con las manos en la masa.

Poco después, apareció Upson. Llegó junto a la roca, miró a derecha e izquierda y luego, agachándose, dejó un paquete en el suelo. Acto seguido, se retiró.

Transcurrieron algunos minutos. El chantajista reapareció de nuevo. Herdin tensó sus músculos, disponiéndose a intervenir. De repente, se oyó un fuerte chasquido.

El joven se puso en pie de un salto.

—¡Quieto! —gritó.

Una pistola llameó en las tinieblas. Herdin oyó el silbido de la bala y se tiró de bruces al suelo.

Sonaron más disparos. Una bala cortó una ramita, que cayó sobre Herdin. El tiroteo cesó tan repentinamente como había empezado.

Se oyeron unos pasos rápidos. Luego, en la lejanía, sonó una burlona carcajada.

Herdin maldijo entre dientes. De pronto, oyó la voz de Upson.

—Estoy aquí —contestó el joven, con acento quejumbroso.

Upson se acercó al lugar.

—Ha fallado —dijo rencorosamente.

Herdin se encogió de hombros.

—La idea era buena —contestó.

—Sí, claro; la operación resultó perfecta, pero el paciente se murió —respondió Upson con malévolo sarcasmo.

—Puse un cepo para lobos —gruñó Herdin—. Aunque no estaba sujeto, le habría atrapado una pierna y ello le hubiera impedido correr.

—Pero no cayó en la trampa. ¿Por qué?

—Vamos a verlo.

Herdin encendió un fósforo. A su lado, Upson lanzó un juramento.

—Hizo saltar el cepo con un palo —exclamó.

—Sí —masculló Herdin, mientras soplabla el fósforo—. ¿Puso usted el paquete donde yo le indiqué?

—¡Por supuesto!

El tórax de Upson se hinchó poderosamente.

—No me importa el dinero que se ha llevado ese hijo de perra —añadió—; lo que me interesa son las cartas... ¡Y él las tiene todavía! Hubo un momento de silencio.

—Las encontraré —aseguró Herdin poco después—. No sé por qué, pero tengo la seguridad de que, dentro de pocas horas, recibiré una llamada telefónica del chantajista.

* * *

—El chantajista le conoce a usted —dijo Cilly.

—Evidentemente —admitió Herdin, mientras removía el café con la cucharilla.

—Y si adivinó la trampa...

—No la adivinó; lo sabía desde el primer momento.

—¿Cómo, Lamont?

—Debió de recelar algo. No olvide que me amenazó para que abandonase a Upson. Pero como supuso que yo no le haría caso, se curó en salud.

—Y fue a Kyne Hill antes que usted.

—Muy probablemente, Cilly.

—Entonces, ¿por qué no le atacó?

—Tal vez para demostrarme que es más listo que yo. Soltó una carcajada de burla cuando se alejaba.

Cilly suspiró.

—En resumen, que hemos perdido el tiempo —dijo desanimadamente.

—¿Por qué? Sólo hemos perdido el primer asalto, Cilly; y estoy seguro de que el chantajista volverá a la carga. Precisamente, lo que pretendíamos era ponerle fuera de combate, porque, aunque Upson hubiera cedido sin más, el chantajista, pasado algún tiempo, habría vuelto a pedir más dinero.

—Entiendo, Lamont.

—Por otra parte, usted no tiene motivos para sentir prisa —dijo Herdin.

—¿Por qué dice eso? —se extrañó la muchacha.

—Bueno... No quiero que me llame cínico..., pero la verdad es que su padre ha muerto ya y nada de lo que hagamos podrá volverle a la vida. Encuentro lógico que quiera conocer las causas de la ruina de su padre, pero acelerar las cosas sin garantía de que saldrán bien, puede resultar peligroso.

—Sí, es cierto —admitió Cilly, pensativamente.

—Pero encuentro extraño que su madre no le haya contado nada. ¿Por qué no lo ha hecho, Cilly?

—Murió hace muchos años —respondió ella con triste acento—. A mí me tenían interna en un colegio. No obstante, puedo decirle que había desavenencias entre mis padres.

—¿Conoce los motivos?

—No. Papá nunca quiso hablar del asunto. Se enfurecía, cada vez que quería mencionárselo. Un día tuvimos una discusión muy violenta. Yo me marché de casa, pero volví a los pocos días. Pensé que debía tener paciencia; con el tiempo, él se rendiría..., pero entretanto sucedió lo de Upson...

—Comprendo. Cilly, créame que siento lo ocurrido, pero, insisto, debe contener sus nervios.

—A veces me resulta muy difícil —se lamentó ella.

—Sí, me lo imagino, pero es preciso tener fuerza de voluntad.

Cilly emitió una ligera sonrisa.

—Seguiré su consejo, Lamont —contestó.

—Así está mejor —sonrió él. Llamó a la camarera y abonó la consumición—. Un día de éstos la invitaré a cenar en Los 13 Tréboles —añadió—. Hay unas atracciones realmente estupendas.

—Cuando me sienta un poco mejor, Lamont —dijo Cilly.

—Desde luego. Y ahora habrá de permitirme que la abandone. Tengo que trabajar para vivir, ¿comprende?

Cilly le dirigió una cautivadora sonrisa.

—Empiezo a creer que, si quiero verle, he de venir al restaurante donde suele almorzar —dijo.

—En medio de todo, no es mala idea —aprobó Herdin.

CAPÍTULO X

—Llamada personal para usted —informó la secretaria.

—¿Quién es? —preguntó Herdin.

—Lo siento, no ha querido decir su nombre. ¿Se la paso?

Herdin asintió. Demasiado se imaginaba cuál era el autor de la llamada.

—Por supuesto —contestó.

Acercó el teléfono a su oreja.

—Herdin —dijo.

—¿Qué tal? —Sonó una voz en los tímpanos del joven—. ¿Se imagina quién soy yo?

—Un lobo muy listo —respondió Herdin.

—Los lobos listos se llaman zorros —dijo el desconocido irónicamente—. Aunque debo reconocer que su idea de poner el cepo fue estupenda.

—Sí, pero usted no picó.

—Le vi merodear durante la tarde por las inmediaciones de Kyne Hill y supuse que querría tenderme alguna trampa. Luego me di cuenta de que hacía algo en la roca.

—Y se olió lo del cepo.

—Efectivamente. ¿Le herí con mis disparos?

—No; aunque poco le faltó, señor chantajista.

—¡Qué lástima! Se hubieran acabado mis preocupaciones.

—Luego reconoce que le preocupo.

—Ciertamente, y por eso voy a tratar de suprimir el estorbo que es usted.

—Recurriendo al asesinato, naturalmente.

Se oyó una fuerte risotada. A Herdin le recordó la carcajada que había lanzado el chantajista al escapar de Kyne Hill.

—¡Saludos a Lucifer! —se despidió el chantajista.

La comunicación se cortó. Herdin contempló unos instantes el auricular.

—Esto va en serio —murmuró.

Y empezó a pensar en la forma más adecuada de seguir

manteniendo intacto el pellejo.

De pronto, se le ocurrió una idea.

—Molly, busque en la guía el número de

Crandall & Buster,

y póngame en contacto con el señor Crandall —pidió, a través del interfono.

—Bien, señor.

Momentos después, Herdin estaba en contacto con Bob Crandall.

—Hola, Lamont —saludó Crandall—. ¿Puedo servirte en algo?

—Sí —contestó el joven—. Deseo uno de los acreditados artículos que vendéis en vuestra tienda.

—Vaya —dijo Crandall, en tono jovial—. ¿Es que piensas ir de caza, por casualidad? Porque ni en broma se me ocurriría pensar que quieres comprarme una pistola.

—Bob, no es que Taya a ir a cazar —respondió Herdin, muy serio—; lo que quiero es impedir que otro me tome por pieza de caza.

* * *

Benito Miguel aguardaba en una de las revueltas del corredor. Era el mejor lugar para realizar sus propósitos.

El ruido del ascensor le dijo que estaba a punto de ganarse mil quinientos dólares. El aparato se detuvo y un hombre salió al pasillo.

Miguel sopesó en la mano la larga navaja, en cuyo lanzamiento se mostraba tan hábil. Lamont Herdin caminó unos pasos y se detuvo ante una puerta, de espaldas al asesino.

La mano de Miguel se echó hacia atrás. Un instante más tarde, la navaja partía hacia adelante con toda velocidad, hacia el blanco que era el centro de la espalda de su víctima.

Herdin se estremeció. Gruñó un poco. Luego, lentamente, se deslizó al suelo y quedó hecho un ovillo.

Miguel ya no esperó a más. Perdía la navaja, pero no encontrarían en ella más huellas dactilares.

Y le sobraría dinero para comprarse otra. Tranquilamente, se metió en el ascensor y presionó el botón de bajada.

Momentos después, Herdin se puso en pie. Un suspiro de alivio brotó de sus labios.

—¡El miedo que me ha hecho pasar ese tipo! —dijo, al arrancarse de la espalda la navaja.

Sopesó el arma.

—He tenido una buena idea —murmuró—. Si no se me ocurre comprar el chaleco blindado, a estas horas no lo cuento.

Y una vez dentro del piso, se premió la buena idea con un trago de excelente *whisky* de Kentucky.

* * *

—Ésta es la situación financiera del establecimiento —dijo Flora, al terminar su lectura—. Espero le haya complacido, señor Upson. El aludido hizo un gesto de aquiescencia.

—Nada que objetar —dijo.

—Le enviaré a su casa una copia del acta y el original, para que la firme —anunció Flora.

Upson entornó los ojos.

—¿Lo hará usted personalmente?

Flora enrojeció.

—Irá el contable, señor Upson —respondió.

—No quise ofenderla, señorita Mac Cool —se disculpó Upson.

—Está bien. ¿Tiene alguna sugerencia que hacer? —preguntó la joven.

Upson miró a los otros dos accionistas.

—¿Cuánto piden por sus acciones? —exclamó bruscamente.

Ivor saltó en su asiento.

—¡Nada, maldición! —contestó casi a gritos—. No venderé ni aunque me las pague diez a uno.

Upson no se inmutó.

—¿Y usted, señor Stout?

El aludido fumaba su pipa impasiblemente.

—Me gustaría creer que no tiene usted relación alguna con la muerte de Latimer, respondió.

—Puedo garantizárselo, señor Stout.

—Su palabra no sirve —dijo Ivor hirientemente.

—No hablaba con usted —contestó Upson, sin mirarle siquiera—.

¿Señor Stout?

—Me lo pensaré —respondió el citado.

—Supongo que no querrá comprar también mi cuatro por ciento —dijo Flora.

Upson la miró críticamente. A Flora le pareció que había rayos X en aquella mirada y enrojeció de nuevo.

—¿Quién sabe? —respondió Upson sibilamente.

Flora se puso en pie y tocó un timbre. Crooth apareció a los pocos instantes.

—¿Señorita Mac Cool?

—Ben, redacte el acta de la junta y haga las copias de rigor. Lleve mañana una copia, con el original, al señor Upson.

—Sí, señorita.

Crooth se retiró. Flora volvió los ojos hacia Upson.

—Tiene que dispensarme —manifestó—. He de atender a la clientela.

Ivor se puso también en pie.

—Es su obligación —sonrió Upson.

—No venderé —insistió al marcharse.

—¿Stout? —dijo Upson.

—Es una oferta muy interesante... pero prefiero esperar.

—Muy bien, esperaremos.

Stout se marchó. Flora continuaba en el mismo sitio.

—Pero ¿no dijo antes que tenía trabajo? —sonrió Upson.

—Usted es un copropietario del club, pero éste es mi despacho —respondió ella secamente—. Y no me gusta que nadie esté aquí en mi ausencia.

—¿Teme que le roben algo?

—Lo hago por norma, Upson.

—Entonces, seguiremos las normas. Ha sido una junta muy agradable.

—Algunos piensan de distinta manera —respondió Flora con hosquedad.

—¿Cuándo se ha visto que dos personas piensen lo mismo? —dijo Upson irónicamente—. Sigo opinando que es una lástima que no quiera llevarme usted las actas a mi casa. Buenas noches, señorita Mac Cool.

Upson se marchó. Flora contempló, a través de sus espesas pestañas, la elevada y todavía gallarda figura del financiero.

—Lástima que sea un forajido —murmuró a media voz.

—¿Y no se asustó? —preguntó Cilly, mientras miraba a Herdin con ojos desmesuradamente abiertos.

—¿Cómo que no me asusté? —rió el joven—. Pasé un miedo espantoso, creyendo que en cualquier momento el asesino podía acercarse a rematar su obra.

—Por fortuna, no fue así, Lamont.

—Desde luego. Y el chaleco blindado me salvó la vida. Pero yo no me esperaba el lanzamiento del cuchillo, a decir verdad.

—Pistola.

—Sí.

—¿Pudo verle la cara?

—Apenas, porque no ejecuté bien la caída. —Herdin se echó a reír—. Es claro que no estoy acostumbrado a morirme a diario.

—No hable así. Se me pone la carne de gallina —le reprendió Cilly—. ¿Qué piensa hacer ahora?

—Verá, yo divisé a un tipo de regular estatura, delgado y no viejo, a juzgar por la facilidad de sus movimientos. Me pareció que tenía el pelo muy negro y la piel un tanto oscura, pero no es cosa que pueda garantizar.

—Habrà dado cuenta a la policía, me imagino.

—Sí, tengo un amigo, que es sargento. Ya se ha puesto a trabajar sobre los posibles sospechosos.

—¿Qué hará si le identifica?

—Es muy sencillo, Cilly. Hablar con él.

—Le preguntará el nombre de la persona que le ordenó matarle a usted.

—Sí.

—¿Querrá decírselo?

—Eso espero.

—¿Y si se niega?

—Cilly, no me ponga usted las cosas tan cuesta arriba. Hablará, se lo aseguro.

—Tenga cuidado —rogó ella.

—Lo tendré, Y hablando de otra cosa, ¿qué le parece si esta noche cenamos en Los 13 Tréboles?

Cilly sonrió.

—Será un placer —aseguró.

CAPÍTULO XI

El vestido que llevaba Cilly era de seda color verde muy pálido, sin escote por el delantero, pero con la espalda completamente al aire. El borde inferior de la falda quedaba muy distante de unas rodillas perfectas, apreció Herdin, al reunirse con ella en la puerta de su casa.

—Parece una maniquí —elogió él, mientras la acompañaba al auto.

—No exagere. Tengo una figura más bien corriente. Y soy propensa a engordar.

—¡Estupendo! —aprobo Herdin—. Así, la cuenta de la cena resultará mucho más moderada.

Cilly se echó a reír. Herdin se sentó tras el volante y dio el contacto.

—Ya sé quién es el tipo que me lanzó el cuchillo —dijo.

Cilly se volvió a medias en el asiento, para mirarle.

—Una noticia interesante —comentó.

—En efecto. Según todos los datos, se llama Benito Miguel.

—¿Portorriqueño?

—No se sabe a ciencia cierta, pero el nombre indica sobradamente su procedencia. Miguel era muy amigo de otro tipo que apareció asesinado días atrás y de quien se sospecha fue el autor de la muerte de un tal Stan Haller. Lew Payt era también muy aficionado a los cuchillos.

—¿Quién le ha dado esos datos, Lamont? —preguntó Cilly.

—El sargento Barral. Precisamente, porque él también es hispano, tiene un especial interés en poner la mano sobre Miguel.

—Le molesta la fama que les echan algunos como ese asesino.

—Sí, Cilly. Además, Miguel es de los que cobran por matar. Hablando claro, un asesino profesional.

Cilly se estremeció.

—Lamont, ¿es posible que existan seres semejantes? —dijo horrorizada.

Herdin sonrió.

—Muchacha, se sorprendería usted si conociese todas las variedades de la fauna humana —contestó—. Miguel es de los de categoría en

su clase; el sargento Barral me dijo que es muy probable que no cobre menos de mil o mil quinientos dólares por «trabajo». Teniendo en cuenta que hay, incluso, quienes lo hacen por la quinta parte y aún menos, es preciso reconocer que Benito Miguel es un aristócrata entre los de su profesión.

—Una profesión canallesca —dijo Cilly.

—Sí, pero hay quienes la ejercen y esto es algo que debemos encarar, nos guste o no.

—Sobre todo usted, que ya ha sido objeto de un atentado.

Herdin hizo un gesto con la cabeza.

—Tuve una inspiración al pedirle un chaleco blindado a mi amigo Bob Crandall —contestó.

Momentos después, llegaban a Los 13 Tréboles. Un adjunto del magnífico portero se encargó de estacionar el vehículo en lugar conveniente, mientras la pareja entraba en el local.

El maestresala les procuró una buena mesa. Herdin encargó la minuta y, mientras le servían la cena, pidió dos combinados.

Las atracciones no habían empezado todavía, pero ya había cierta animación. Cilly paseó la mirada por el interior del local.

—Me gusta —dijo complacidamente—. Pero deben de cobrar un ojo de la cara por una cena. ¡Tan lujoso...! Lamont, ¿por qué no me llevó usted a otro sitio más modesto? Si sólo se trataba de pasar unas horas de conversación, no merecía la pena que usted se gastase tanto dinero...

Herdin se echó a reír:

—No lo pagaré yo, sino usted contestó.

—¿Cómo? —se asombró ella.

—¡Claro! ¿No me dio mil dólares como anticipo por mi trabajo?

Cilly se sofocó un poco, pero luego se echó a reír. Un camarero trajo los combinados y Herdin levantó su copa en alto.

—Por la chica más encantadora que hay esta noche en Los 13 Tréboles —brindó.

Ella aceptó la gentileza con las mejillas llenas de rubor. La orquesta empezó a tocar de repente una trepidante melodía.

—¿Bailamos? —propuso él.

Cilly aceptó sin remilgos.

Alguien se acercó inopinadamente a la mesa. Herdin se puso en pie. —Hola, Flora —saludó—. Te presento a la señorita Blair. Cilly, la señorita Mac Cool, gerente del local. ¿Quieres sentarte un momento con nosotros, Flora? —invitó.

—Si no estorbo —sonrió la rubia.

—Por favor —dijo Herdin.

Un camarero pasó junto a la mesa. Flora le detuvo con el gesto.

—Jim, una botella del mejor champaña —pidió.

—Al momento, señorita.

Flora miró a la pareja.

—Les invito para celebrar el feliz acontecimiento —explicó.

—¡Eh, eh! ¡No te precipites! —protestó Herdin—. Entre Cilly y yo no hay nada...

Flora dirigió a la muchacha una mirada de simpatía.

—Señorita Blair, los hombres son todos unos presumidos —dijo—.

El feliz acontecimiento a que yo me refería era tenerles como clientes en mi local.

Cilly lanzó una carcajada. Herdin hundió la mirada en el plato.

—Acuso la derrota —dijo, alzando una mano.

—Lamont me ha hablado de usted —manifestó Flora, dirigiéndose a la muchacha.

—¿Sí? —dijo Cilly.

—Conozco sus problemas. El ha venido a pedirme informes un par de veces.

—Ah, entiendo.

Llegó el champaña. El camarero descorchó la botella y sirvió las copas. Luego se retiró, dejando la botella en el cubo con hielo.

—Lamont —dijo Flora, después de tomar unos sorbos de champaña —, estoy asombrada contigo.

—¿Por qué? —inquirió él.

—Te he visto bailando con la señorita Blair...

—Lo cual no tiene nada de particular, Flora.

—Yo me refiero a la pieza que interpretaba la orquesta en aquel momento. Pensé que eras hombre de valeses y melodías románticas y... Bueno, uno de esos jovenzuelos melenudos de hoy día se habría avergonzado a tu lado.

—La profesión exige saber de todo —dijo él. Y se echó a reír.

De pronto, vio que Flora se ponía seria al mirar hacia un punto.

Volvió un poco la cabeza y divisó a Arne Upson, que entraba en el local, seguido de Vorstey y el otro «gorila».

Herdin puso su mano encima de la de Cilly.

—Conténgase —dijo a media voz.

Ella hizo un silencioso gesto de aquiescencia.

Upson pasó por delante de la mesa. Vio a Cilly y se asombró un poco. Luego dirigió a Flora una cortés sonrisa.

Flora contestó con un leve movimiento de cabeza. Herdin se dio cuenta de que la joven estaba un tanto sofocada.

—Ahí va tu dueño, Flora —dijo Herdin maliciosamente.

—Yo no tengo dueño —contestó ella con aspereza—. Y dudo mucho de tenerlo algún día.

—¿Por qué no? Upson es un hombre ya maduro, pero que se conserva muy bien físicamente. Y tiene carretadas de dinero.

Flora se puso en pie bruscamente.

—Tengo trabajo —se despidió—. Señorita Blair, ha sido un placer.

—Lo mismo digo, señorita Mac Cool.

—Ah, Flora, ¿por qué no le das a Cilly uno de tus llaveros? —propuso Herdin.

—Se lo enviaré ahora mismo con mi contable —respondió la joven.

—Y se alejó.

—Parece que se marcha irritada —observó Cilly.

Herdin se acarició la mandíbula.

—Yo se lo dije en broma, pero..., ¡mira que si hubiese acertado por casualidad!

—¿Se refiere a lo de Upson y ella?

—Cilly, no es porque yo lo diga, pero soy un poco observador. Upson se la comía con los ojos.

—¡Caramba! ¡Quién lo hubiera dicho! Lamont, ¿de dónde viene la amistad con Flora?

—Es cosa ya de antiguo —respondió él—. Estuvimos a punto de prometernos, pero Flora se echó atrás en el último momento.

—¿Por qué, Lamont? Oh, temo que me va a llamar curiosa...

—No se preocupe. Yo no le podía dar lo que ella ambicionaba, sencillamente. Y ahora pienso que fue lo mejor para los dos.

—Quizá —murmuró Cilly—. Pero ya no es una jovencita.

—Muchacha, no sea cruel. Flora y yo tenemos la misma edad y, a mis treinta y un años recién cumplidos, no me considero un viejo.

Claro que —añadió, mirándola de pies a cabeza— para una chica de diecinueve, debo de parecer un Matusalén.

Cilly suspiró.

—¡Diecinueve, quién los pillara! Veintitrés, en mi próximo cumpleaños, y no tardará mucho, créame —replicó.

Un hombre se les acercó en aquel momento.

—Señor Herdin —saludó cortésmente—. Señorita, con los mejores deseos de la señorita Mac Cool.

Y entregó a la muchacha el llavero que era la divisa del local.

—Dele las gracias a Flora, señor Crooth —dijo Herdin.

—Así lo haré —prometió el aludido.

Cilly contempló el llavero.

—Realmente es muy bonito —elogió.

Herdin se inclinó levemente hacia ella.

—Tiene usted el número treinta y uno, siguiente al mío —dijo.

—Lo que significa que no se prodigan estos obsequios tan originales, Lamont.

—Claro, y si no hubiera sido por mí, no se lo hubieran dado.

Herdin sacó cigarrillos y ofreció a la muchacha.

Cilly rehusó. Él se puso uno en los labios y se dispuso a encenderlo.

Al mirar por encima de la llama, divisó a un tipo que llamó su atención.

Era un hombre joven, de regular estatura, delgado y apuesto, con el pelo negro muy peinado y engominado. El individuo le miró también casualmente y palideció.

Herdin fingió no haberse dado cuenta de la presencia de aquel sujeto en el local. Bajó ligeramente la cabeza, expulsó el humo y dijo:

—Cilly, creo que vamos a tener problemas. No mire a ninguna parte ni haga ningún gesto. Sonría, por favor.

Ella se sorprendió en el primer momento. Luego hizo lo que le aconsejaban.

—¿Qué pasa? —preguntó a media voz.

—Pasa que el hombre que quiso apuñalarme está aquí, en este mismo local —contestó él, mientras, simulando indiferencia, se llevaba la copa a los labios.

CAPÍTULO XII

Benito Miguel abandonó con paso rápido el club y se dirigió a la explanada de estacionamiento. Miraba a derecha e izquierda y se sentía terriblemente nervioso.

«Pero ¿cómo puede estar vivo ese tipo?», se preguntaba una y otra vez.

Él lo había visto caer, con el cuchillo clavado en la espalda. Estaba seguro de que un tiro así era mortal de necesidad. Tenía experiencia.

Pero Lamont Herdin estaba vivo. Lo había visto en el club, en compañía de una chica encantadora. Y no cabían dudas sobre su identidad.

Buscó su coche. El lugar estaba escasamente iluminado, en contraste con el derroche de luz de la fachada.

Alcanzó la manija de la puerta y empezó a abrirla. Una voz sonó súbitamente a su izquierda.

—¿Tiene mucha prisa, Benito?

Miguel se estremeció.

—¿Qui..., quién es usted? —preguntó con voz temblorosa.

—Su frustrada víctima, Lamont Herdin.

Miguel se enderezó. Empezaba a recobrar la serenidad.

—No puede acusarme de nada —dijo.

—Oficialmente, no, Benito, pero...

Herdin hizo una pausa, destinada a aumentar el efecto intimidatorio de sus palabras.

—Pero me lo voy a llevar lejos de aquí, adonde no nos vean ni nos oigan —añadió—. Y aunque sé que no puedo formular ninguna acusación contra usted, en cambio, puedo utilizar su propia navaja para despellejarle vivo, si no contesta a mis preguntas.

Miguel empezó a sudar.

—¿Se..., sería capaz? —inquirió.

—Sí.

—¿Cómo se salvó? Mi lanzamiento fue bueno...

—Salvo que llevaba un chaleco blindado debajo de la ropa —sonrió

Herdin—. Los chalecos blindados llevan un forro externo de guata de nylon. El cuchillo quedó sujeto por la chaqueta y ese forro y dio la sensación de que lo tenía clavado en el cuerpo.

—Un sucio truco —calificó Miguel, indignado.

—¡Caramba! No iré a decirme que mi obligación de víctima era haberme dejado matar.

Miguel calló. Herdin tornó a la carga.

—¿Cuánto le pagaron? —preguntó.

—Debía cobrar, en total, mil quinientos.

—Su paisano, el sargento Barral, acertó —dijo Herdin—. Ahora, por favor, deme el nombre de su contratante.

—No puedo.

—¿Le teme?

—Es que no le conozco.

—Vamos, Benito, ¿me toma por tonto? —Gruñó Herdin.

—Es que iba disfrazado.

—¿Disfrazado?

—¡Claro! ¿Qué pensaría usted de unas gafas negras y de un gran mostacho?

—Es posible —admitió Herdin—. ¿Dónde se entrevistaron?

—En mi casa. El me esperaba ya.

—¿No le dio algún nombre?

Miguel soltó una risita.

—Pérez... Pero lo mismo podría haber dicho Smith —contestó.

—Sí, claro... Benito, ¿no se fijó usted en algún detalle personal de ese tal Pérez?

El asesino abrió la boca, pero en lugar de contestar, gritó.

Sonó un disparo. Luego otro y otro.

Herdin se tiró instantáneamente al suelo. Miguel quiso agarrarse al techo del automóvil, pero acabó por rodar junto al estribo.

Se oyó un gemido. Herdin se arrastró hacia el caído.

—Benito —llamó.

—Me muero... —gimió el asesino.

—Dígame, ¿no vio alguna señal particular en Pérez?

—Dos... sortijas... mano... izquierd...

Miguel resopló fuertemente, se agitó un poco y dobló la cabeza a un lado.

Se oían gritos de alarma. Herdin se puso en pie.

Uno de los que se acercaron al lugar era Upson. A lo lejos se oía ya una sirena policial.

Herdin hizo un aparte con Upson.

—Intentó asesinarme —dijo.

Upson le miró fijamente.

—Trabajaba para el chantajista, ¿no?

—En efecto. Por lo visto, no quiere que le comprometan.

—¿Disparó contra usted?

—No pudo entretenerse mucho. La pistola hacía ruido y le interesaba escapar. Miguel era presa más importante para él.

—Comprendo.

Herdin paseó la vista por los alrededores.

—¿Qué mira? —preguntó Upson.

—Trato de recordar dónde vi los fogonazos de la pistola... Me parece que fue allí, detrás de aquel coche rojo...

Herdin se acercó al vehículo señalado, dio la vuelta y buscó con la vista. De pronto, vio algo blanco y se agachó para recogerlo.

Era un pañuelo femenino. Se lo llevó a la nariz. Un perfume conocido llegó en el acto a su pituitaria.

—¿Ha encontrado algo? —preguntó Upson, que llegaba en aquel momento.

—No —mintió el joven, guardándose precipitadamente el pañuelo en el bolsillo.

—Estoy aguardando noticias del chantajista. Le avisaré apenas sepa algo.

—Bien, señor Upson.

Más tarde, en lugar seguro, Herdin examinó nuevamente el pañuelo, que tenía dos iniciales bordadas en un ángulo. Su cara se contrajo, más por la decepción que sentía que por la ira.

No sólo el perfume, sino las iniciales señalaban también con toda claridad la identidad de su dueña. Acongojado, Herdin se preguntó cómo era posible que Flora hubiese caído tan bajo.

* * *

—Miguel y Payt eran muy amigos, compinches, diciéndolo con toda claridad —manifestó el sargento Barral—. Incluso se podría decir que formaban una especie de sociedad.

—Dedicada a aliviar, por métodos propios, el exceso de población
—comentó Herdin con macabro humorismo.
—Efectivamente. Lew Payt asesinó a Haller en el parque...
—¿Por qué, Ricardo?
—Bueno, quizá se lo «encargaron». Haller era un chantajista profesional, aunque, por lo que sabemos, acababa de iniciar sus actividades en Sperryville.
—Ah, no era de aquí.
—No. Habitualmente residía en Fulton Bridge, pero me extraña que viniese a Sperryville, Lamont.
—Bueno, quizá encontró aquí una «mina» —sonrió Herdin.
—Lo más probable —admitió el sargento—. Pero no acabo de encontrar la concatenación entre esos asesinatos.
—Yo tampoco, pero lo averiguaré. Con tu permiso, claro.
—Siempre que no hagas algo ilegal...
—Descuida, Ricardo.

Herdin se puso en pie.

—Gracias por tus informes, Ricardo —se despidió.

Abandonó la Jefatura de Policía. En la calle, encendió un cigarrillo. Una obsesión ocupaba su mente todo el tiempo. Siempre había sabido que Flora era ambiciosa, pero..., ¿tanto como para llegar al asesinato?

Las dos sortijas la acusaban. Y el pañuelo bordado también.

Pero no eran pruebas suficientes, sin embargo.

Tenía que buscar otras que demostrasen su culpabilidad, sin lugar a dudas.

El problema estribaba en dónde encontrar las pruebas, se dijo, sintiéndose repentinamente desanimado.

* * *

—Le hago la misma oferta que a Latimer, señor Stout —dijo Upson. Stout fumaba su pipa, con su característico gesto flemático.

—Cinco a uno —evaluó.

—Sí.

—¿Por qué?

—Perdone, pero son motivos exclusivamente míos —le replicó Upson.

—El dinero le concede el derecho a no dar respuestas, ¿eh?

—Así es —confirmó el financiero, sin inmutarse.

Stout chupó la pipa.

—No es mala oferta —comentó.

—Buenísima, diría yo.

—Pero estoy en duda, señor Upson.

—¿Por qué, señor Stout?

—Los 13 Tréboles es un magnífico negocio. Una renta segura, créame.

—Por eso pago sus acciones a un precio tan elevado. Puede emprender otro negocio.

—¿Lo cree así?

—¿Quién se lo impide?

—Tal vez... el mismo que se lo impidió a Latimer.

Dos manchas rojas aparecieron en la cara de Upson.

—Señor Stout, quiero que quede bien sentado de una vez, y para siempre, que yo no he tenido nada que ver con ese asesinato —protestó enérgicamente.

—Puede que sea verdad, pero la duda queda —respondió Stout.

Upson se encogió de hombros.

—En fin, piénselo usted —dijo.

—Hablaré con Ivor.

—Ése cederá también —aseguró Upson.

—Usted no le conoce bien. Es duro como el pedernal.

Upson sonrió.

—Señor Stout, es usted un mal psicólogo —dijo—. Ivor es de la clase de hombres que vociferan continuamente, sólo para ocultar su falta de personalidad. Usted es mucho más duro que él, aunque no lo parezca.

—Entonces, ¿por qué no empieza por Ivor?

—Cuando se inicia un trabajo, debe hacerse por la parte más dura. Así, el resto se hace luego mucho más fácil.

—Una singular filosofía —comentó Upson.

—La he seguido siempre y no me ha ido mal. ¿Qué hay de las acciones, señor Stout?

—Déjeme tiempo para pensarlo. Y, una cosa... ¿Por qué tiene tanto interés en comprar el club?

Upson sonrió enigmáticamente.

—Comprando el club, seré dueño de un diamante —contestó.

—Los diamantes cuestan caros, pero no producen.

—Cierto. Sin embargo, gusta ser dueño de un hermoso diamante, ¿no le parece?

Stout se encogió de hombros.

Se despidió. Apenas se había ido, Vorstey entró en el despacho.

—Han traído una carta para usted, señor —anunció.

Upson tomó la carta. Antes de abrirla, ya sabía que en un mensaje del chantajista.

CAPÍTULO XIII

—El capitán Masterson me ha recomendado que hable con usted, sargento —dijo Herdin.

El canoso sargento Floyd miró de hito en hito a su visitante.

—¿En qué puedo servirle, señor Herdin? —preguntó.

—Usted es una institución en Fulton Bridge. Conoce prácticamente a la totalidad de sus habitantes.

—Llevo casi treinta años en la policía. Ya debería de haberme retirado, pero ¿qué haría sin acudir a diario a mi despacho?

Herdin sonrió cortésmente.

—Es el problema de toda persona que siente orgullo de su profesión y que un día, inexorablemente, ve que le llega la hora de retirarse —dijo cortésmente.

—Así es, muchas gracias, señor Herdin. Pero estamos hablando de mí, y estimo que usted no ha venido a eso precisamente.

—Desde luego. En primer lugar, me gustaría obtener informes sobre un tipo llamado Stan Haller.

—Ah, Haller —dijo Lloyd—. Mal bicho, señor Herdin. Aquí iba a acabar muy mal y optó por alzar el vuelo.

—¿A qué se dedicaba, sargento?

—Ladrón y estafador, aunque luego derivó también hacia otras actividades más rentables y menos fatigosas.

—Chantaje.

—Sí. Se aprovechaba de su habilidad como ladrón para conseguir documentos o fotografías que le permitiesen extorsionar a sus víctimas.

—Alí, ya entiendo. ¿Le expulsaron ustedes de la ciudad?

—En cierto modo, no. Uno de los extorsionados aceptó, en apariencia, pagar..., pero lo que hizo fue propinarle una fenomenal paliza. La víctima vino a hablar con nosotros y metimos a Haller unos meses en chirona. Vio que ya se le había acabado el negocio y se largó.

—Entiendo. Ahora, sargento, dígame usted, ¿conoció a Everard Blair?

—Sí, señor Herdin.

* * *

—Creí que había hecho un viaje a los antípodas —dijo Cilly cuando, al abrir la puerta de su casa, vio a Herdin en el umbral.

—No he ido tan lejos —contestó él, sonriendo—. Sólo a Fulton Bridge.

—¡A Fulton Bridge! —se sorprendió la muchacha—. Ésa es mi ciudad natal.

—Ya lo sé. Por eso fui allí, Cilly.

—Mi padre vivió en Fulton Bridge hasta hace siete u ocho años, Lamont.

—También lo sé.

Ella le miró de soslayo.

—Tengo la sensación de que ha averiguado muchas cosas —dijo.

—Así es, pero no se las diré todas —contestó Herdin.

—¿Por qué, Lamont?

—Antes quiero comprobar mis informaciones. Sólo cuando esté seguro de que lo que digo es la verdad, hablaré. Y ya que estoy aquí, ¿por qué no me da una taza de café?

Cilly suspiró.

—Lamont, es usted un hombre más bien extraño —calificó.

Herdin sonrió.

—Podría decirse que lo hace el oficio —contestó.

—Muy bien, voy a preparar el café. Aguarde unos minutos, por favor.

—De todas formas, puedo contarle otras cosas —dijo Herdin, mientras Cilly se dirigía hacia la cocina.

—Ahora ya puede hablar, Lamont —dijo Cilly poco después, mientras se inclinaba para llenar las tazas de café.

—Se refiere a Haller, el asesinado en el parque.

—Ah, ya entiendo. ¿Qué ha averiguado?

—Era un pájaro de cuenta. —Herdin removi6 el azúcar—. Opino que le asesinaron por algún asunto de chantaje.

—Sí, parece lógico.

—El asesino fue Payt, íntimo amigo y compinche de Benito Miguel. Pero si Haller tenía algunos documentos importantes, no

aparecieron... ni tampoco en casa de Mornley.

—Mornley fue asesinado también, ¿no?

—En efecto. Era el dueño del trébol número cinco. Por más que lo intento, no consigo, sin embargo, establecer la relación entre Mornley y Haller.

Cilly se quedó pensativa unos momentos.

Luego dijo:

—A Mornley le mató también Payt. Pero ¿quién mató a Payt?

Herdin guardó silencio.

—¿No me contesta, Lamont? —se extrañó ella.

—Es que... me da miedo contestar a esa pregunta —respondió el joven, con sombrío acento.

Callaron otra vez. El teléfono sonó de repente, sobresaltándoles.

Cilly se puso en pie y se acercó al aparato. Habló brevemente y luego se lo tendió a Herdin.

—Para usted, Lamont.

—¿Para mí? —se extrañó él.

—Herdin —dijo alguien al otro lado de la línea—, soy Upson.

—Ah, señor Upson —contestó el joven—. ¿Qué es lo que desea de mí?

—¿Puede venir a mi casa? Pronto, por favor.

—Hay noticias del chantajista, ¿no?

—Así es. No se demore, Herdin.

—De acuerdo, señor Upson. Ah, un momento. ¿Cómo ha sabido que estaba en casa de la señorita Blair?

—De vez en cuando, suelo usar el método deductivo —respondió Upson sarcásticamente.

Herdin leyó el mensaje que le tendía Upson.

—De modo que ahora son cincuenta mil —dijo.

—Sí —confirmó el financiero, rabiosamente—. Insisto; el dinero no me preocupa. Las cartas me interesan sobre todo.

—Entiendo. Especialmente, si se piensa que fueron escritas por una tal Margaret Lyne hace unos veinticuatro años.

Upson respingó.

—¿Cómo lo sabe usted? —gritó.

—He estado ausente cuarenta y ocho horas. ¿Adónde cree que fui?

La cara de Upson se puso gris.

—Entonces, lo sabe todo —dijo.

—Sí.

Hubo un largo momento de silencio. Upson atravesó lentamente el despacho y se situó junto al aparador de los licores. Llenó la copa, la vació de un trago y volvió a llenarla.

—Everard se lo merecía —dijo roncamente.

—Bajo su particular punto de vista, tal vez.

—¡Era un canalla, un miserable!

—Margaret Lyne le amaba. Por eso se casó con él.

—No, se equivoca. No le amaba, pero le respetaba. Y usted no conoce aún los verdaderos motivos por los que Margaret llegó a casarse con Everard.

—Pero usted le arruinó precisamente por eso mismo, señor Upson.

—¿He de añadir que llegó a maltratarla físicamente? —replicó Upson descompuestamente.

—¿Y esperó tantos años para consumir su venganza?

Upson vació su segunda copa.

—El alcohol no solucionará sus problemas —añadió Herdin.

La copa voló hasta estrellarse sonoramente contra una de las paredes de la estancia.

—Tiene razón —masculló Upson—. Pero un par de tragos siempre ayudan, Herdin. —Le miró críticamente—. Es usted muy listo, muchacho.

—Al mismo tiempo, estoy tratando de desenredar el misterio de unos asesinatos —explicó Herdin—. Una de las víctimas fue Haller, el hombre que robó las cartas de Margaret Lyne.

—Nunca las pude recuperar yo —dijo Upson—. ¿Dónde las encontró?

—En casa de la señora Raines, viuda, hermana de Margaret. Haller entró un día a robar y encontró aquel manojo de cartas. Usted ya tenía un renombre adquirido y él se sentía incómodo en Fulton Bridge. Podía representar una mina para él, ¿comprende?

—Sí, voy entendiendo.

—He de añadir que la señora Raines fue siempre discretísima y no reveló a nadie la verdad. Como falleció hace un año, puede usted sentirse tranquilo al respecto.

—Me extraña que Haller tardase tanto en actuar contra mí.

—Estudiaba el terreno, hacía amistades... No se puede llegar a Sperryville y lanzar un ataque a ciegas.

—Sí, tiene usted razón. —Upson hizo una pausa—. ¿Se lo dirá a Cilly? —preguntó a poco.

—Tengo que pensármelo. Quizá no le diga toda la verdad —contestó Herdin.

—Sería un choque demasiado fuerte para ella, en efecto.

—Veremos —dijo el joven un tanto evasivamente—. Y ahora, ¿por qué no hablamos de otro problema más inmediato?

—El chantaje.

—Sí.

—Es pasado mañana, en condiciones muy parecidas a las de la última vez, sólo que ha doblado la suma y me advierte contra las trampas.

—He leído el mensaje —dijo Herdin.

—El chantajista le menciona a usted también. Dice que confía en que esta vez no irá a poner un cebo para lobos.

Herdin sonrió.

—Es demasiado optimista —dijo—. De todas formas, tenemos cuarenta y ocho horas de tiempo. Ya pensaré algo.

—A pesar de todo...

Upson se estremeció. Herdin le miró inquisitivamente.

—Estoy pensando en que tal vez sería lo mejor pagar y recuperar esas cartas —añadió el financiero.

—¿Tiene usted seguridad de que no han sido microfilmadas?

Upson respingó.

—¿Cree que ha podido hacerlo? —preguntó ansiosamente.

—No me extrañaría en absoluto. Usted es una mina de oro para el chantajista.

Upson juntó las manos. Sus nudillos resonaron con fuertes chasquidos.

—Si pudiera ponerle las manos en el pescuezo... —rezongó.

Herdin pensó en la delicada garganta de Flora Mac Cool.

—Arreglaremos este asunto —afirmó, mientras tomaba el sombrero.

—Hágalo y le estaré agradecido toda la vida —prometió Upson.

CAPÍTULO XIV

Lamont Herdin entró en su casa e, inmediatamente, notó que algo no estaba como debiera.

Alguna cosa había cambiado de sitio. No era nada importante, por supuesto; todos los muebles y objetos de adorno estaban en su lugar, pero...

De repente, sonó el teléfono.

Herdin se acercó al aparato, situado encima de una mesa baja, alargada, que estaba en el centro del espacio delimitado por un ancho y cómodo diván, y dos grandes sillones con orejeras, de grueso mullido. Levantó el teléfono y dijo:

—Habla Herdin.

—Hola, investigador. Ha estado con Upson, ¿no es cierto?

—No veo motivos para negarlo —contestó el joven—. Si no me equivoco, usted es el chantajista.

—Sí.

—El autor o inductor de unas cuantas muertes, creo.

—Tipos que estorbaban —rió el chantajista.

«¿Hombre o mujer?», pensó Herdin.

La voz era un tanto aflautada, para un hombre.

Para una mujer, resultaba algo grave... pero no era difícil disfrazar el tono habitual.

—Sí, claro. Hay por ahí una mina de oro y usted no quiere compartir los beneficios con nadie.

—¡Qué listo es usted, Herdin! Pero me parece que, en esta ocasión, ha cometido un error.

—¿Por qué dice eso?

En aquel momento, Herdin se dio cuenta de que estaba a la izquierda de la mesa. Cuando se sentaba en el diván para hablar, tenía el teléfono a la derecha.

En un instante lo adivinó todo. Aquél era el detalle que le había chocado al entrar en el piso.

—El error ha consistido en levantar el teléfono para responder a la llamada. Ese gesto ha puesto en acción la espoleta de tiempo de una

bomba, situada dentro de la caja. ¡Y la espoleta está graduada para sesenta segundos! ¡Herdin, al infierno!

Herdin ya no escuchó las últimas palabras del chantajista. Soltó el teléfono como si fuese un clavo al rojo vivo y, de un tremendo salto, se arrojó al otro lado del diván.

Estaba cayendo cuando se produjo la explosión.

Durante unos segundos, Herdin creyó que se le había desplomado el mundo encima. Oyó ráídos, chasquidos de cristales y jarrones, crujidos de muebles que saltaban en mil astillas y luego, un humo denso, amarillento y pestífero, se expandió por la estancia.

El olor de la cordita deflagrada le hizo toser. Se palpó los miembros; afortunadamente, todos sus huesos estaban intactos.

Los oídos le zumbaban atronadoramente. Asomó la cabeza y vio la habitación devastada por completo.

—Con razón aseguraba el chantajista que esta vez no iría a poner un cepo para lobos —masculló.

Y luego se levantó para ir en busca de un poco de aire puro.

Cuando, un poco más tarde, vio el mullido del diván completamente acribillado por la metralla, estuvo a punto de desmayarse.

* * *

Los dos hombres se deslizaron cautelosamente por las sombras, hasta situarse junto a la pared del edificio.

—Vengo de muy mala gana —dijo Harry Minus, más conocido entre sus amistades por El Cajero, a causa de sus actividades, no precisamente honradas.

—Vamos, vamos, Harry —murmuró Herdin—. Me debes varios favores, ¿no?

—Es cierto —admitió Minus—, pero ahora llevaba una temporada de honradez...

—Harry, cuéntale ese cuento a quien no te conozca. Anda, abre esa ventana ya y deja de lloriquear una vez.

El Cajero emitió un gruñido.

—A veces me pregunto por qué se me ocurriría nombrarle a usted mi abogado defensor en aquel caso —se lamentó.

—No me nombraste tú, sino que lo hizo el Tribunal, de oficio,

porque entonces no tenías un solo centavo encima para pagar tu defensa.

—Debió haber dejado que me condenaran; así no tendría que agradecerle el favor.

—Extrañamente, en aquel caso, eras inocente y conseguí probarlo. Tenías el asunto muy mal y al verdadero culpable le cayeron luego una docenita de años. Tú verás qué es mejor, Harry.

El Cajero suspiró.

—A veces, lo mejor es ser desagradecido —dijo.

Y abrió la ventana.

Momentos más tarde, estaban en el despacho de Flora Mac Cool.

—¿Dónde está la «lata»? —preguntó Minus.

Herdin hizo girar un cuadro.

—Ahí —señaló—. Ahora, emplea todas las habilidades que aprendiste cuando eras cajero de un Banco.

—Fue una buena época —evocó Minus—. No había más que meter los dedos y se los «untaba» uno de billetes...

—Ya, y por eso te enviaron diez años a la cárcel, de los cuales sólo cumpliste cinco por buena conducta. Vamos, empieza ya.

Minus se acercó a la caja, frotándose las yemas de los dedos contra la ropa. Empezó a trabajar, y a los pocos minutos había abierto ya el cofre empotrado en el muro.

—¡Cielos, qué perspectiva! —exclamó arrobado.

Y alargó la mano hacia los fajos de billetes, pero Herdin lo apartó sin contemplaciones.

—Cajero, no hemos venido a robar —dijo.

—¿No? ¡Qué lástima! Y yo que me había hecho ya ilusiones...

—Olvídalas, Harry.

Herdin empezó a examinar todos los documentos que había en el interior de la caja fuerte. Al cabo de unos minutos, lanzó una maldición.

—¿Qué le pasa, abogado? —preguntó Minus.

Herdin hizo un gesto con la cabeza.

—Anda, cierra ya —dijo.

—Bien, jefe.

Minus se acercó a la caja y volvió la tapa, pero su mano izquierda actuó rápidamente y un fajo de billetes fue a parar a uno de sus bolsillos. Otra mano se lo sacó en el acto.

—Honradez, Harry, honradez —dijo el joven, severamente.

—¡Qué asco de vida! —se quejó Minus—. Ni siquiera para una juerga decente le permiten a uno...

Momentos después, la caja y el cuadro habían recobrado su posición normal.

—Abogado, tengo la sensación de que ha perdido el tiempo —observó el ladrón.

—Quizá —dijo Herdin evasivamente.

Quedó pensativo unos momentos. De pronto, recordó un detalle. Con paso rápido se acercó a la mesa y abrió uno de los cajones, del que sacó un cuadernito con tapas de hule negro. Abrió el cuadernillo y lo hojeó atentamente unos segundos.

Chasqueó los dedos.

—Me parece que, en medio de todo, no hemos perdido el tiempo por completo —dijo—. Harry, necesito que me hagas un segundo favor.

Minus se dirigió rectamente hacia la ventana.

—Buenas noches —contestó con sequedad.

—¡Aguarda, hombre! Todavía no me has dejado...

—Ya le he pagado el favor, ¿no? Entonces, estamos en paz.

—Sí, lo sé, pero ¿qué me dices de mil dólares por abrir otra caja fuerte?

—Dos mil.

—Ladrón.

—Siempre lo he sido —contestó Minus, imperturbable.

—No traigo tanto dinero encima...

El pulgar de Minus señaló hacia la caja fuerte.

—¿Qué me dice de lo que hay en esa «lata»?

Herdin suspiró. Después de unos instantes de reflexión, cedió.

«Si mis deducciones se confirman, a Upson no le importará reponer ese dinero», pensó.

Minus era terco. Tres mil dólares, en lugar de los dos mil prometidos, pasaron a su poder, en un hábil escamoteo, no observado en esta ocasión por el pensativo Herdin.

—Listo, patrón —dijo Minus al terminar.

—Bien, vamos; por el camino te indicaré dónde está la otra «lata».

Un rayo de luz rompió las tinieblas en que estaba sumida la estancia. Herdin asomó la cabeza cautelosamente.

—¡Uf! Menos mal —dijo a media voz.

—¿Creía que podía estar el dueño? —preguntó Minus, tras él.

—El antiguo ocupante del piso ya tiene habitación definitiva.

—Una celda de la cárcel, ¿eh?

—No, una tumba en el cementerio, Harry.

—¡Rayos! —Se espantó el ladrón.

—Pero no han alquilado el piso y eso es lo que yo temía. Vamos, entra de una vez y cierra con cuidado.

Minus obedeció. Herdin encendió las luces y empezó a buscar la caja fuerte.

Momentos después, aparecía detrás de un panel de librería. Herdin hizo una señal con la cabeza a su acompañante.

—Anda con ella, Harry.

El Cajero se aplicó a la tarea. Herdin se dispuso a encender un cigarrillo, pero se acordó a tiempo de que estaba en territorio ajeno y desistió de la idea.

Minus trabajó rápida y eficientemente. Al abrir la caja, miró en su interior y dijo:

—Aquí no hay más que papelotes, jefe.

—No esperaba otra cosa, Harry —respondió Herdin.

Se acercó a la caja. Un grueso sobre llamó especialmente su atención.

Había otros documentos, entre ellos una colección de fotografías que aclararon uno de los enigmas que tenía planteados. En otra fotografía, independiente de aquel grupo, divisó a varios individuos, dos de los cuales eran Mornley y Crooth, el contable de Los 13 Tréboles.

—A Crooth más le vale no progresar; de lo contrario, algún día le chantajeará también —masculló.

—¿Decía algo, jefe? —inquirió Minus.

—No, nada, Harry. —Herdin sopesó especulativamente el sobre más grueso—. Voy a tener que poner agua a calentar —añadió.

—Quiere hacer el papel de espía, ¿eh? —sonrió el ladrón.

—Algo por el estilo, Harry —concedió Herdin jovialmente—. No toques absolutamente nada de lo que hay dentro de la caja fuerte.

—Descuide, jefe. Los únicos papeles que me interesan son los

impresos por el Tío Sam, en su fábrica de Moneda.

CAPÍTULO XV

—¿Todavía no sabe nada? —preguntó Cilly.

—Es pronto, aunque no tardaré ya mucho en tener en la mano todos los hilos de la trama —contestó Herdin.

—Bueno, pero algo ya me podía anticipar, ¿no cree?

Herdin hizo un signo negativo.

—Espere, Cilly —aconsejó.

—Estoy ardiendo de impaciencia —sonrió ella.

—Me lo imagino, pero, un día o dos más, ¿qué importan?

—Si usted lo dice... —suspiró la muchacha.

—Lo digo, Cilly. Ahora, ¿puedo hacerle una pregunta?

—Claro, Lamont.

—¿Qué hace usted ahora en Sperryville?

—¿Por qué lo dice, Lamont?

—Bueno, el caso es que, aunque le parezca mentira, sé muy poco de usted, Cilly.

—¿Es costumbre suya indagar detalles sobre la vida privada de los clientes?

—En determinados casos, sí, Cilly.

—El mío es uno de esos casos, ¿no?

—En efecto. ¿Qué hace? ¿Está empleada? ¿Trabaja en alguna parte?

—Bueno, hace un año entré a trabajar en el laboratorio de investigación de una empresa química. Lo dejé cuando ocurrió lo de..., lo de papá...

—Ah, no sabía que tuviese usted conocimientos de química.

—Hice la carrera completa y me hubiera gustado preparar la tesis doctoral, pero no me ha sido posible, Lamont.

—¡Caramba! ¡Doctora en Ciencias Químicas... con esa cara y ese tipo! —exclamó él, sinceramente admirado.

—No veo que tenga nada que ver la apariencia física con la sabiduría —se picó Cilly.

—Desde luego, y no quisiera haberla ofendido. Pero, ahora, por favor, la última pregunta, muy personal, Cilly.

—Sí, Lamont.

—¿Está usted comprometida?

Cilly sonrió con expresión llena de malicia.

—¿Qué pasaría si le contestase afirmativamente?

—Dígame que no, que no está comprometida —exclamó Herdin con vehemencia—. No respondo de mí, si me entero de que hay un hombre en su vida.

Ella se ruborizó deliciosamente.

—¿Quién sabe, Lamont? —contestó.

* * *

—Yo no vendo —dijo Ivor hoscamente.

Flora Mac Cool contempló a los asistentes a la junta. Stout, como de costumbre, fumaba su pipa apaciblemente.

Upson sonreía.

A Flora le pareció que aquella sonrisa quería decir: «Descuida, tú también caerás».

—Muy bien —dijo Upson—. Por el momento, no quiero seguir insistiendo más. Pero mantengo la oferta.

—Pierde usted el tiempo —respondió Ivor.

—Bien, como quiera.

—Pero, por todos los diablos, ¿por qué quiere comprar usted el local? —exclamó Ivor descompuestamente.

—Permítame que me reserve las razones. No puedo forzarle a que venda su paquete de acciones, por supuesto, pero tampoco estoy obligado a darle explicaciones.

Ivor se puso en pie.

—Señorita Mac Cool, envíeme las actas cuando las tenga listas —se despidió.

Stout sacudió la cazoleta de su pipa contra un cenicero.

—Yo sí me imagino por qué quiere convertirse en el dueño de Los 13 Tréboles —dijo, mientras se ponía en pie.

—¿Ah, sí? —murmuró Upson.

Stout miró a Flora y a Upson alternativamente.

—Y no se lo reprocho —concluyó—. La lástima es que yo estoy casado. ¡Buenas noches!

Flora enrojeció vivamente. Para disimular su turbación, tocó el timbre.

Crooth compareció a los pocos momentos.

—¿Señorita Mac Cool?

—Ben, hay que preparar las actas de la junta. El señor Stout ha transferido su paquete de acciones al señor Upson.

—Sí, señorita. Perdón, ¿corre mucha prisa?

Flora volvió los ojos hacia el financiero.

—¿Señor Upson? —interrogó.

—Sin prisas —dijo el aludido, benignamente.

—Muy bien. Procuraré hacerlo mañana.

—Gracias, Crooth.

El contable se marchó. Upson y Flora quedaron a solas.

—Y ahora, señorita Mac Cool, permítame que... Upson no pudo seguir. Alguien le interrumpió el parlamento apenas iniciado.

—¿Molesto? —consultó Herdin jovialmente.

—Un poco, a decir verdad —masculló el financiero.

* * *

Herdin entró en el despacho. Su mirada aguda y perspicaz descubrió inmediatamente algo que le hizo sonreír.

Flora parecía conturbada como una adolescente. Upson trataba de encubrir su embarazo sirviéndose *una* copa.

—Sí, molesto —dijo—, pero no he tenido otro remedio que venir.

—¿A qué, si se puede saber? —preguntó Flora, con cierto despego.

—Pues... La verdad... Me parece que voy a tener que felicitarte...

Se acercó a ella y la tomó por las manos.

—Suéltame, tonto —pidió Flora, irritada.

Herdin dejó de reír repentinamente.

—¿Dónde están las sortijas? —preguntó.

—¿Qué sortijas? —se extrañó ella—. No suelo llevar anillos; no es cosa que rae guste demasiado.

Herdin bajó la vista y contempló las manos de Flora. Sólo había un anillo en la mano derecha, sin especial importancia.

—Vaya, qué sorpresa —murmuró Lamont.

—Señor Herdin —gruñó Upson—, ¿quiere usted explicarse de una vez?

El joven metió la mano en el bolsillo y sacó un pañuelo.

—¿Es tuyo, Flora?

—¡Sí! —admitió ella vivamente—. ¿De dónde lo has sacado?

—Entonces, admites que es tuyo.

—¿He de repetírtelo? Hace días noté su falta de mi bolso y creí que lo habría extraviado. No le di importancia, pues tengo más, pero lo sentí, porque es artesanía portuguesa que compré hace años en la Feria Mundial. Pero me dolió haberlo perdido.

—¿Estás segura de que lo perdiste, Flora? ¿Quieres enseñarme tu bolso, por favor?

Ella frunció el ceño.

—Lamont, si se trata de una broma...

—¡Ojalá fuese una broma! —cortó él secamente—. Enséñame el bolso.

—Está bien, está bien. Aquí lo tienes.

Flora tomó el bolso, que estaba situado en una consola cercana. Herdin lo abrió, volcando su contenido sobre la mesa, ante la silenciosa expectación de Upson.

Entre los distintos objetos que aparecieron, había otro pañuelo idéntico al anterior.

—Cuando se compraba una caja entera, bordaban las iniciales, a petición —explicó Flora.

—No hay ninguna pistola —murmuró Herdin, decepcionado.

—¿Y por qué había de usar yo una pistola? ¡Me horrorizan las armas de fuego!

La mente del joven trabajaba con gran actividad. De pronto, creyó ver una luz al fondo de un oscuro túnel.

—Flora, ¿siempre dejas el bolso en esa consola? —inquirió.

—Corrientemente, sí. Lo hago ya de una manera maquinal, al entrar en el despacho...

Herdin chasqueó los dedos.

—Hermosa, discúlpame si he dudado de ti —dijo—. Señor Upson, tengo entendido que esta noche debe entregar los cincuenta mil dólares al chantajista.

—Así es —confirmó el aludido.

—En ese caso, vámonos ya. Tenemos que darnos mucha prisa si queremos que el cepto para el lobo funcione correctamente.

Los dos hombres se dirigieron con paso rápido hacia la salida.

—¿Puedo acompañarles? —consultó Flora.

—¡Ni lo sueñes! —Denegó Upson enérgicamente.

Herdin ocultó una sonrisa. Aquella negativa aclaraba muchas cosas.

* * *

El hombre llegó ante la puerta del piso, sacó una llave y abrió. Entró, cerró a sus espaldas y encendió las luces.

Con gesto mecánico, se quitó el sombrero, que lanzó sobre una silla. Luego avanzó hacia la librería, descorrió uno de los paneles y dejó la caja fuerte al descubierto.

Manipuló en las ruedecillas de la combinación. Tenía los ojos entornados y todo su aspecto era de profunda concentración.

Se oyó un chasquido. El hombre hizo girar la manija y tiró de la puerta.

Un rugido de rabia se oyó inmediatamente. El chantajista creyó que se le saltaban los ojos de las órbitas.

Vaciló. Se tambaleó un poco, pero consiguió rehacerse.

La caja fuerte, sin embargo, no estaba enteramente vacía. Dentro había una cuartilla con una inscripción, que el individuo leyó, ahogándose de rabia y de angustia:

«El lobo acaba de caer en el cepo».

Sonó una terrible maldición. El chantajista giró sobre sus talones y se dispuso a escapar.

—¿Adónde va con tanta prisa, Ben Crooth? —preguntó alguien a sus espaldas.

Crooth se detuvo en seco. Lívido, se dio la vuelta y vio delante de sí a dos hombres.

Uno de ellos hacía saltar en la mano un grueso sobre. El otro le miraba con severidad.

—¿Eran escás cartas lo que iba a entregar Usted a cambio de cincuenta mil dólares? —preguntó Herdin.

—¿Cómo..., cómo ha conseguido...? —balbució Crooth, que no comprendía nada de lo que estaba pasando.

—Como acusado, me niego a contestar para no ser incriminado —dijo Herdin con buen humor—. Pero no sólo encontré las cartas de Margaret Lyne, Blair de casada, sino otros muchos papeles, de los

cuales esperaba usted obtener grandes beneficios. También encontré, por ejemplo, unas fotografías muy comprometedoras de Dan Latimer... y otra fotografía en la que, además de varios individuos, aparecen en ella usted y Alvin Mornley.

A Crooth le pareció que la tierra se le abría bajo los pies.

CAPÍTULO XVI

En medio de un profundo silencio, Herdin sacó un pañuelo y lo sostuvo en alto unos instantes.

—Lo sacó del bolso de Flora Mac Cool, ¿no es cierto? —dijo.

Crooth asintió sin hablar. Herdin guardó el pañuelo de nuevo.

—Un truco ingenioso, para despistar a los que buscasen las huellas del asesino de Benito Miguel —continuó—. Me imagino su asombro cuando me vio vivo en Los 13 Tréboles, después de que Miguel le dijera que yo estaba muerto. Pero no debió haberme amenazado, Crooth; ello me obligó al nada desdeñable gasto de mi chaleco blindado.

—Ese gasto corre de mi cuenta —terció Upson.

—Gracias. Avisaré a

Crandall & Buster

para que le envíen la factura. Y ahora, sigamos con lo nuestro, Crooth. Haller debió de hablarle de las cartas de Margaret Lyne, ¿no es cierto?

El silencio de Crooth era un asentimiento táctico. Herdin continuó:

—Podía ser un buen negocio, pero Haller, imagino, no estaba dispuesto a compartirlo con usted. Entonces envié a Payt a que le asesinara, pero éste no encontró las cartas. ¿Dónde estaban?

—Mornley... no le dijo nada a Payt. Esperé a que le hubiese matado y entonces, cuando Payt se marchó, él se acercó a Haller y le quitó el sobre.

—Eso explica el regreso de Payt y el tiroteo para alejarme de aquel lugar. Lástima que a Mornley se le perdiera allí el llavero; ésta fue la pista básica de todo el asunto. Pero usted, luego, debió de recelar que Mornley quería quedarse el negocio para sí y lo impidió, mediante el tiro que Payt disparó en la nuca de su amigo. Luego mató también a Payt, ¿no es cierto?

—No diré nada —contestó Crooth, hoscamente.

—Bueno, eso no me lo tiene que decir a mí, sino al juez y al jurado que le juzgarán —contestó Herdin—. Pero también tendrá que responder de la muerte de Latimer.

—No hay pruebas.

—Veremos —sonrió el joven—. Usted presionaba a Latimer de tal forma con esas fotografías comprometedoras, que no tuvo otro remedio que vender su participación en el club, para conseguir el dinero que seguiría manteniendo su reputación. ¿Me equivoco?

—No me dio ningún dinero —rezongó Crooth.

—Por lo visto, quiso ponerle otro cepo, pero fue menos hábil y usted le mató.

Crooth se encogió de hombros.

—De todas formas —continuó Herdin—, cometió un error. Dijo al señor Upson que yo no le acompañaría a esa cacería de lobos y eso me hizo estar alerta. El truco de la bomba fue tan ingenioso como sonoro, pero me sobraron dos segundos de los sesenta que usted me concedió. A propósito, señor Upson, ¿pagará usted un diván nuevo?

—Con mucho gusto, Herdin —respondió el aludido.

—Y ahora, amigo Crooth, dispóngase a purgar sus culpas.

—Repito que no hay pruebas —dijo el asesino coléricamente.

—¿Seguro? Usted mató a Miguel cuando se dio cuenta de que yo podía hacerle hablar. Advirtió que había cometido un error gravísimo. Miguel no le reconocería a usted ordinariamente, porque cuando habló con él, llevaba gafas oscuras y un gran bigote postizo. Pero olvidó enguantarse las manos. Y Miguel se fijó en la izquierda, donde hay dos hermosas sortijas.

Crooth se miró la mano aludida.

—¿Se lo dijo a usted delante de testigos? —preguntó intranquilo.

—No, estábamos solos. Pero ahí, en el bolsillo derecho de la chaqueta, tiene usted una pistola, la misma con que disparó contra Latimer y Miguel. Se conservan los proyectiles disparados por el arma y se compararán con otros que se disparen para prueba de comparación. Imagínese el resto, Crooth.

El asesino sacó su pistola repentinamente.

—¿A quién repetirán lo que acaba de hablarse aquí? —preguntó. Herdin no se inmutó.

—En la habitación contigua hay unos policías —le aclaró—. Lo han oído todo, Crooth.

El sargento Barral apareció en aquel momento, empuñando su revólver de reglamento. Crooth perdió el control de sus nervios y disparó.

Upson dio un grito y giró sobre sí mismo, a la vez que se agarraba el brazo izquierdo con la mano del otro. Barral hizo fuego dos veces seguidas.

Crooth pegó un tremendo salto. Elevó convulsivamente la mano derecha y clavó una bala en el techo. Luego empezó a caer hacia atrás.

Herdin se acercó a Upson. El financiero hizo un gran esfuerzo por sonreír.

—No es nada; sólo un agujero en el brazo —dijo.

—Alguien le mirará desde ahora como un héroe —le vaticinó Herdin.

Luego dio dos pasos. Fijó la vista en Crooth, que yacía inmóvil.

Las piedras de las sortijas despedían vivos destellos. «Por no haberse puesto guantes», pensó.

* * *

Cilly no quería entrar, pero Herdin tiró de ella y la obligó a cruzar la puerta a viva fuerza.

—¿Qué tal, señor Upson? —saludó.

—Hola, muchachos —sonrió el aludido.

—¿Cómo está, señorita Blair? —sonrió Flora.

Cilly tenía la cara como una guinda madura. Upson, reclinado sobre un montón de almohadones, en la cama que ocupaba en uno de los cuartos del hospital, miró a la muchacha con simpatía.

—Supongo que Lamont le habrá dicho algo —habló reposadamente.

—Sí..., pero era mi padre.

—Siento lo ocurrido. Yo estuve muy enamorado de Margaret, tu madre. Me enteré de la vida que él le daba... y estuve a punto de matarle, pero ella me hizo desistir de la idea. Entonces abandoné Fulton Bridge, pero prometiéndome un día vengarme de lo que tu padre había hecho con Margaret.

—¿Era preciso arruinarle? —preguntó Cilly hoscamente.

—Era lo menos que se merecía —contestó Upson—. Y, créeme, estaba ya muy enfermo. Aunque no hubiese tenido conflictos conmigo, sus días estaban contados.

Pero le quitó de las manos un negocio floreciente...

—Cilly, ¿por qué te crees que Everard había enfermado del

corazón? La prosperidad de la empresa era sólo aparente. El *crack* estaba a punto de producirse.

—Entonces, perdió usted dos millones sólo por vengarse —dijo la muchacha, asombrada.

—En cierto modo, porque una de las causas del fracaso fue la deficiente dirección de tu padre. Estoy arreglando todos los asuntos con unos expertos, que sí entienden del asunto, y pronto levantaremos de nuevo el negocio.

—Así, pues, yo... le detestaba a usted sin fundamento.

—Sin fundamento, no. Al menos, las apariencias me acusaban. Pero no podía ser más explícito en aquellos momentos. No me hubieras creído y, además, yo tenía una fama pésima.

—Justificada, diría yo.

—Me he tenido que enfrentar a muchos y la mayoría eran tan ineptos para los negocios como tu padre. Duele hablar así de él, pero es la verdad.

Cilly suspiró.

—Bien —dijo—, creo que ha terminado todo. Le presento mis excusas, señor Upson, y deseo que se alivie pronto. —Miró a Flora—. Ella le ayudará, creo.

Flora se puso colorada. Upson alargó la mano y cogió la de la joven, sentada a su lado.

—Eso espero —contestó—. Ah, Lamont, en cuanto esté curado, hablaremos usted y yo. Un hombre de su inteligencia no puede enmohecerse en un vulgar despacho de asesor de impuestos.

—También escribo narraciones policíacas —rezongó Herdin.

—Podrá hacerlo en los fines de semana. Pero no sólo le necesito yo, sino usted también me necesita a mí. Ahora se casará y tendrá que afrontar mayores gastos. Me parece, vamos.

Herdin se volvió para mirar a la muchacha.

—Eso es algo que vamos a discutir Cilly y yo ahora mismo —contestó.

Y tiró de la muchacha hacia la salida.

Upson y Flora quedaron a solas.

Durante unos momentos, permanecieron callados. Luego, Flora dijo:

—Parece que no te encuentras muy satisfecho, Arne.

—No, es cierto —admitió él.

—Todo ha resultado bien, has quemado las cartas de amor de

Margaret... ¿Qué más puedes pedir?

—Discreción, Flora.

—¿Discreción? —repitió ella, atónita.

—Sí. Confío en que Lamont oculte la verdad a Cilly. De todas formas, no he querido hacerle ninguna indicación. Es algo que debe resolver él solo, de acuerdo con su conciencia.

—Pero... no entiendo, Arne. Cilly ya sabe que tú y su madre estuvisteis enamorados un tiempo, aunque luego ella se decidiera por Everard. Ya están quemadas las cartas y Cilly lo ha aprobado. No comprendo tu pesar, créeme.

—Flora, en aquellas cartas se hablaba de algo muy importante, tanto, que todo mi empeño era evitar que Cilly lo supiera, al menos de un modo público y escandaloso. Habría sufrido un duro golpe al conocer la verdad, la auténtica verdad, sobre todo por lo que a su madre se refiere.

Flora dirigió una intensa mirada al convaleciente.

—Creo que empiezo a sospechar cuál es esa verdad —murmuró.

Upson apoyó la cabeza en los almohadones y cerró los ojos.

—Sí, es cierto —dijo—. Cilly es mi hija.

FIN



Luís García Lecha. Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena. Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales, Bruguera y Toray, que imponían a su cuadra de escritores unas

condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can

y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.